

LORCA



LGBT HEGOAK KONTAKETA LABURREKO IV. TXAPELKETAKO
“LORCA SARIAK”
IV CERTAMEN DE RELATO CORTO LGBT HEGOAK
“PREMIOS LORCA”

Índice

Aurkibidea

PROLOGO	4
PRIMER PREMIO / LEHENENGO SARIA Samael <i>Yordán Rey Oliva</i>	5
SEGUNDO PREMIO / BIGARREN SARIA Una tarde en el café <i>Alberto de Frutos Dávalos</i>	12
TERCER PREMIO / HIRUGARREN SARIA Noche de bruces sobre la tierra <i>Artemisa Téllez</i>	19
ACCESIT Me llamaban Charles <i>Luis Pérez de Castro</i>	22
ACCESIT Itzalak <i>Ilargi Azpiroz</i>	30
FINALISTAS / FINALISTAK:	
¡Adiós amor! ¡Hola amor! <i>Diego Tenorio Conde</i>	38
Bajo el cielo azul de Puerto Montt <i>Omar Arévalo Merino</i>	42
Dos gardenias <i>Anisley Negrín Ruiz</i>	45
Insomnio <i>Teresa Regla Medina Rodríguez</i>	50

FINALISTAS / FINALISTAK:

La estrella de la fiesta <i>Serguei Martínez Castillo</i>	54
La extrema soledad de Tarquino Solano <i>Miguel Gámez Cuevas</i>	59
Lo que queda cuando ya no queda nada <i>Alex Merino Aspiazu</i>	66
Noche cerrada <i>Montserrat Fillol Ferrin</i>	70
Noche de ronda <i>Benito Pastoriza Iyodo</i>	74
Pacto de convivencia <i>Catalina Ángela Rotunno</i>	82
Una canción para Mónica <i>Juan Pedro Carmona Fernández</i>	86
Una moneda <i>John Asdrúbal Gómez Gómez</i>	94
Una novia para Blancanieves <i>Clara Maylín Castillo Góngora</i>	98
Vodka caminando en mis zapatos <i>Leidy Marcela Rueda Gómez</i>	105

Prólogo

El concurso Lorca de relato breve que organiza la asociación Hegoak Alde nació de la necesidad de completar el vacío existente en los concursos de relatos cortos y de dar voz a esas historias que reflejan una realidad diferente a la habitual, historias de temática gay, lesbiana, transexual o bisexual.

En esta IV edición podemos decir que ese objetivo ha quedado más que satisfecho, no sólo por los casi trescientos relatos recibidos, sino por la gran calidad de muchos de ellos, así como por la variedad de procedencias, en especial de América latina.

A través de la lectura de estos textos uno siente la necesidad de imaginar los acentos que se esconden tras las palabras, tras las expresiones escritas con el sello inconfundible de su lugar de origen, y hasta las fisonomías de los personajes fluyen solas sin necesidad, apenas, de descripciones.

En esta publicación te ofrecemos los tres relatos premiados, dos accesits y otros catorce finalistas. Un buen ramillete de relatos diferentes, románticos o trágicos, tiernos o crueles, con esa capacidad que tienen las buenas historias de conmover, de hacer pensar, de evocar vivencias pasadas, o de pegarte, directamente, un puñetazo en el alma.

Esperamos que disfrutes de su lectura al menos tanto como los hemos disfrutado nosotros.

Hegoak

PRIMER PREMIO / LEHENENGO SARIA

Samael

de Yordán Rey Oliva-ren

**Ay a dónde va a ir así este muchacho
que se sienta a llorar entre las niñas**
Norge Espinosa “Vestido de Novia”

Hoy cumplo años y mi padre ha invitado a los muchachos de la escuela.

-A los once años ya uno se vuelve un hombrecito- dice mientras va colocando banderitas de papel azul en las paredes. Sobre la mesa está el pastel -también azul- que dice “Felicidades Samael”.

¡Ojalá llueva y no venga nadie! No me gustan los cumpleaños y mucho menos que venga a mi casa gente de la escuela. Desde el cuarto grado ha sido terrible: mis compañeros me dicen “pájaro o mariquita” y se ponen a cantar a coro una canción que dice *vuela, vuela, no te hace falta equipaje*, la auxiliar pedagógica los apoya moviendo las manos como si fuesen alas. Ya se ha hecho una tradición de la que no se cansan nunca.

Hace unos días, en la clase de Ciencias Naturales, la maestra Consuelo nos habló de una flor hermafrodita llamada Hibisco. Nos explicó que los hermafroditas eran hembras y varones a la vez. Dijo que eso también pasaba en algunos humanos pero que la ciencia había logrado corregirlos mediante una operación. No sé porqué pero me sentí observado por todos. Cuando se terminaron las clases, Darwin y Yosuan me persiguieron hasta la escalera de mi casa. Mientras uno me aguantaba, el otro me quitaba el pantalón, deseaban comprobar si yo tenía dos sexos como el Hibisco. Luego Yosuan me restregó su pito por la cara mientras Darwin gritaba “préñalo, préñalo”.

No dije nada a mis padres. Me prohíben las quejas: “los hombres resuelven sus problemas solos”, han dicho las veces que he llegado a casa llorando.

Esa tarde me encerré en el baño para revisarme, y creo tener una costura entre los huevos y el fondillo. ¿Habré sido hermafrodita y me operaron cuando nací? Le preguntaré un día de estos a mi madre porque ahora pienso que en el hospital eligieron mal mi sexo. Ella podría explicárselo a todo el

mundo y ya nadie me rechazaría por hacer las cosas “de maricones” que me restriegan tanto: gritar cuando veo una cucaracha, escuchar música clásica en la emisora *Radio Enciclopedia* o negarme a besar en la boca a una amiga de la familia cuando viene de visita.

El único en todo el universo que es buenísimo conmigo es Alex. Nos sentamos en el mismo puesto desde Pre-escolar y nunca me peleó por quedarme con sus crayolas naranjas. Pero hace poco comenzaron a meterse también con él: alguien escribió en el pizarrón “Alex y Samael” y lo rodeó de corazones. Ese mismo día Alex habló con la maestra para que lo cambiase de puesto.

A la salida me prometió que nada cambiaría entre nosotros, que solamente en la escuela haríamos como que no nos hablábamos. Como a veces siento pena por él -su mamá murió de la “fiebre del caballo” hace dos veranos y quedó solo con su abuela porque nunca se supo quién era el padre- no le guardé rencor. También porque me trata con mucha delicadeza y hasta dice que somos novios y que un día nos iremos de Cuba para otro país donde nadie se meterá conmigo, pero que no se lo puedo decir a nadie. Le dije que haríamos entonces un juramento de sangre como he leído que se hace: pinchándonos los dedos y uniéndolos luego.

El pinchazo me dolió mucho, pero yo me aguanté para que él viese que no me quejo de cualquier cosa. Ese día quiso que nos diésemos un beso en la boca y le dije que no, que en la cara. No se lo dije, pero yo tenía mucho miedo: mi padre ha dicho que si un varón besa a otro en la boca coge una enfermedad mortal llamada Sida. Lo dijo cuando me descubrió jugando a “la Bella Durmiente” con Fernandito. Desde entonces Fernan no sube a mi casa.

Una vez por semana me llevan a la “Clínica del Adolescente”. Hay una doctora que me hace dibujar muñecos desnudos y me pide que le cuente mis preocupaciones. Pero luego se lo dice todo a mis padres y me mete en problemas: De chismosa les fue con el cuento de cómo la auxiliar me embute de papeles en la boca durante el recreo. Mis padres se molestaron mucho y fueron a discutir con ella delante de mí. Ella juró que yo me lo había inventado y me miraba fijo como diciendo: “¡prepárate!”. Como le tengo mucho miedo, les dije que sí, que me lo había inventado y mi madre me pegó durísimo. Cuando se fueron, la auxiliar me sacudió fuerte y me metió en la boca un brollo de papeles que arrancó de mi propia libreta.

Al poco rato no aguanté más y vomité. La señora de la limpieza también me dijo un montón de cosas mientras limpiaba el suelo. Por eso cada vez que voy a la clínica le invento a la doctora historias que no son, y ella se las cree.

Algo le habrá dicho también ella a mi papá porque ahora se le ha antojado llevarme al Estadio Latinoamericano con mis primos, para ver el béisbol. Su equipo preferido es Industriales, que tienen los uniformes de color azul.

“Es el color de los verdaderos machos”-grita eufórico. Odio el color azul, lo borraría del mundo y lo cambiaría por el naranja que es mi color favorito. Desde que nací toda la ropa que me compran mis padres siempre ha sido azul y jamás me han dejado usar mi color. También odio el béisbol, gritan demasiado y como mis primos nunca me quieren explicar, no entiendo el juego. Una vez creyendo complacerles, me levanté gritando para imitar a la gente y mi padre me zumbó un pescozón: había sido un jonrón del equipo contrario.

Lo que más me gusta en el mundo son los libros. Mi madre se quejó con la doctora delante de mí porque yo leía “demasiado”. Por suerte, la doctora le dijo que leer era muy bueno, que estuviese tranquila. Mi favorito es “Fábulas de una abuela extraterrestre” de Daína Chaviano.

He pensado muchas veces que me gustaría ser escritor. A veces leo cosas en alta voz pero Alex se aburre enseguida y me dice que vayamos a casa de su vecino para alquilarle la Nintendo por una hora. Yo no sé de dónde Alex saca tanto dinero porque la abuela siempre anda quejándose que no tiene ni para pagar la luz.

Él incluso me ha invitado muchísimas veces a comer pizzas al restaurant “Prado 264”, o a comer marquesitas en el “Bar Franco”. El martes pasado hasta me trajo chicles diciendo que teníamos que comerlos tras los tanques de agua de la azotea donde no nos viese nadie:

-“Si nos ven con chicle, habrá que dar muchas explicaciones”.- me dice.

Yo pienso que todo se lo da un extranjero amigo suyo y que nos hemos encontrado varias veces en la calle:

-“¿Cuándo *andar* con turistas tu amigo?”- pregunta siempre el hombre, colocándome un brazo por encima de los hombros.

-“¡Nunca! ¡Él no entra en eso!”-le contesta Alex enojado y me saca de allí casi a rastras.

Está al llegar la gente para la fiesta. Me miro en el espejo del baño comparando mi imagen con la del año pasado. Sí que he cambiado: ya no me dejan tener el pelo largo- debe ser porque la gente me confunde con una niña- y llevo un corte militar. También uso gafas porque no veo bien de lejos. Tenía esperanzas que a partir entonces cambiasen las burlas en el aula y me dijese “bizco” o “lechuza” como hacen con Ana Lién, pero nada. Todos siguen llamándome “mariquita o si no Samaelita”. Yo hubiese preferido que me gritasen “bizco”.

Mi padre me “leyó la cartilla” para cuando llegase la gente: nada de jugar con las niñas, caminar derecho, hablar fuerte, no gesticular, saludar siempre a los hombres con la mano derecha y otras cosas que no se cansa nunca de decirme. Yo creo que la culpa de todo la tiene el vecino de los bajos desde aquel día en que mi madre y yo íbamos al mercado.

-“Buenos días compañero”- le dijo mi madre. Extendí la mano derecha para saludarle también, pero él la rechazó con asco y, retorciéndome los ojos, le dijo a mi madre: “señora, lleve a ese niño a un psiquiatra, ¿no ve que está enfermo?” Mi madre no le dijo nada pero desde entonces me llevan a la Clínica del Adolescente y mi padre me corrige por todo.

Han tocado el timbre, por eso me demoro en el baño. No quiero salir y ver a Darwin, Yosuan o cualquiera de los otros. Mi madre me manda a salir del baño y no me queda más remedio que hacerlo antes que empiece a chillarme delante de todos. Llegan dos chicas que ni me miran en el aula, Laura y Suset. Traen regalos y les doy las gracias.

- “¡Samaelito, no seas mal educado y ábrelos!”- dice mi madre.

El regalo de Suset traía dos calzoncillos azules y el de Laura una gorra de pelotero. “Cuando se vayan todos, los tiraré por la ventana”-pensé.

En eso vuelven a tocar el timbre. Es Fernandito, mi vecino de los altos. Sólo viene a entregarme su regalo porque dice que se va de paseo con sus padres. Le di las gracias y se ha ido corriendo. Su regalo está muy bonito: una agenda y un bolígrafo. Por suerte no eran azules aunque tampoco anaranjados.

Llegaron tres chicos más que no conozco, hijos de unos compañeros de trabajo de mi padre. Apenas me miran. No traen regalos así que no tendré que hacerles la ceremonia de mi madre. El más grande cuchichea con los otros y ríe. Me quedo sentado en una silla esperando que canten “Feliz Cumpleaños” para que se acabe todo aquello ya y acostarme a leer.

No sé cuando entró Alex. Mi padre había subido el volumen de la música y no sentí el timbre. Al verlo, se me acelera el corazón olvidándome del resto del mundo. Viene hacia mí con un paquete enorme.

-¡Felicidades!- dice con una gran sonrisa.

Le doy un abrazo apretado que él recibe nervioso y mirando alrededor.

El papel de regalo era naranja. Dentro venía... ¡Una Nintendo!

Los demás muchachos se quedaron pasmados.

-¿Viste el papel? ¡es de tu color favorito! – me decía sonriendo. ¡Y ahora puedo venir todos los días a jugar a tu casa!

Sé lo que quiere decirme: la Nintendo es muy divertida y demás, pero en realidad es un pretexto para pasar juntos muchas horas en mi habitación.

Le he pedido a mi padre que conecte el equipo. Mientras están todos alrededor de la tele cuchicheando por la novedad, llamo a Alex al patio. A él no le gustan mucho las palabras de agradecimiento, así que le doy con torpeza un beso de piquito. Él no se lo esperaba y me mira con asombro. Agarra entonces mi cabeza y, como si fuese una película, me besa despacio y chupándome los labios.

Por un segundo me vino a la mente la voz de mi padre y su advertencia sobre el Sida asesino de varones que se besan entre sí.

-“¡Me da igual!” – grité en mi cabeza espantando para siempre la voz

de mi padre. “¡Me da igual! grité en silencio por segunda vez, y el color azul desapareció del universo dando paso al naranja de mis sueños.

Volví a cerrar los ojos para que Alex me siguiese besando.

SEGUNDO PREMIO / BIGARREN SARIA

Una tarde en el café

de Alberto de Frutos Dávalos-ren

Dos amigas han quedado en un café para verse después de tantos años. María –a la que los chicos llamaban «la botella» porque en la Facultad grababa con su nombre las botellas de agua para no confundirlas con las de sus amigas– se fue a México poco después de acabar los estudios. Trabajaba para una empresa de comunicación que, consolidada su posición en España, se fijó como objetivo su expansión por Hispanoamérica. Claro que nadie quiere dejar la tierra que ama, pues su aire te seguirá acunando, persiguiendo, enloqueciendo; pero María dijo que sí con los ojos cerrados porque:

A) se había enamorado de su jefe (casado felizmente según los papeles) en una fiesta que una de las empleadas había organizado para celebrar sus veinticinco años en la compañía;

B) veía Tijuana como una parada provisional de poco más de un año: su superior le había prometido que no sería un viaje definitivo;

C) había arraigado en la soledad desde que marchó a Madrid desde León para estudiar Periodismo;

D) quizá un poco de todo.

Son las nueve de la mañana del diez de diciembre cuando Gabriel, el relaciones públicas de la empresa, musita al compás de las llamadas: «Vamos, María, coge el teléfono, cógelo, vamos».

Y María lo coge cuando «Chinito», un bailarín cubano al que conoció en una despedida de soltera el año anterior, la despierta de su sueño. Gabriel respira antes de darle la noticia: José ha muerto esa noche.

–Dónde...

–En la M40 ha sido. También su mujer ha muerto.

Al día siguiente María llega al aeropuerto de Madrid, el equipaje lleno de recuerdos, la agenda de citas, los ojos de sueño. De momento piensa quedarse un par de días, aunque no ha comprado billete de vuelta. Por la tarde, cuando de José empiece a quedar sólo la medida de su tumba punteada en la retina, se encontrará con Ana en una cafetería del centro.

Ana –a la que los chicos llamaban «la sueca» porque era de piel tan blanca como las nórdicas– espera sentada en el café: su mano mueve la cucharilla en el negro océano.

Ana se casó poco después de que María partiera a México, pero se divorció enseguida; su marido descubrió que el verdadero amor de su mujer se había ido a Tijuana, dejándola en la soledad de un mundo demasiado difícil para sus ojos de niña pequeña. Manuel no dijo nada a nadie sobre eso: «Desapareció la chispa», explicó.

Ana sonríe al recordar a María en los días de Facultad. Se la presentó un amigo de María a quien Ana consiguió alejar de su lado poco a poco. Sin embargo, nunca logró absorberla para sí del todo. Ella, que le ofrecía el amor más limpio, apenas si recibía el honor de un marujeo sobre lo bien conjuntada que había asistido a una fiesta: el cinturón era color vino burdeos igual que sus zapatos. Ana le sonreía como un corderillo, feliz por esas confesiones que acababan cuando el profesor ordenaba silencio.

Durante tres años, desde segundo de carrera a quinto, fue su mejor amiga. Un día escribió a un programa de radio en el que pinchaban la canción dedicada que se les pedía. «A ver si me ponéis *Te quiero*, de *The Yellows*, para María, que nunca sintoniza la radio a estas horas». Al terminar la música, el locutor le dijo: «Bueno, Ana, no sé realmente para qué nos pides esta canción si sabes que ella no la va a escuchar. A lo mejor, no lo sé... A lo mejor lo que tienes que hacer es decírselo, aunque al final no te salga como tú quieres o esperas...», porque la letra hablaba de un amor que se extinguía en un silencio mate como niebla.

Ana lloró toda la noche, pero no siguió el consejo. Aún habría de llorar muchas noches antes de que María se fuera a Tijuana, casi sin despedirse de ella; sin recordar, seguro, los días en que le preguntaba «qué miras» cuando Ana, en medio de la clase, apartaba la vista del papel para aprender cada gesto de su amor, cada arruga en sus ojos cuando sonreía, cada pregunta que formulaba al profesor para que se quedara con su cara antes de los exámenes.

María.

Ya han acabado los homenajes fúnebres a don José, el primer jefe que confió en ella, su primer amante, al que olvidó volando sobre las nubes del Atlántico. En el cementerio, aunque no era el sitio más adecuado, el vicepresidente se ha acercado a María para expresarle la satisfacción de los

gerifaltes de Madrid por su trabajo en México. «No nos has decepcionado. Todo lo contrario. Y esta mañana, antes de venir aquí, hemos pensado que, ahora que don José ha muerto, pues que habría que reajustar un poco la compañía...».

Y que ella podría volver a Madrid cuando quisiera, para ocupar una de las vicepresidencias. Ha respondido que se lo pensaría. «Habría sido distinto si te hubieras casado o hubieras tenido hijos con algún charrito –risas–, pero me parece que no ha sido ese el caso –más risas–; me parece que no ha sido ese el caso en absoluto» –muchas risas.

María. Ana.

Dos amigas que quedan en un café para verse después de tantos años. Y en el camino la primera va pensando en que quizá ni la reconozca. «Qué tontería», se dice: esto no es como cuando eres niño, que cambias. Llega un momento en que dejas de cambiar. Te quedas como eres, bonita o fea, joven o vieja. «Las ausencias largas son así más llevaderas –piensa–: no existe el olvido».

Las presencias del pasado ocupan un vasto volumen, tanto como el del arrepentimiento. La ingenuidad de una carta, la inspiración de un dibujo que sorpresivamente aparece bajo un túmulo de facturas en una carpeta, un poema: «Lo sé todo sobre ellos en un instante inmóvil, congelado, imperecedero. Y sé, también, que si ahora nos viéramos nos seguiríamos en el juego de resumir en un par de frases los últimos ocho o diez años de nuestras vidas. Daríamos por sentado que todos hemos experimentado lo mismo, que nos hemos enamorado de la misma manera o que el dolor nos ha doblado a todos con igual intensidad».

Van vestidas como sus madres cuando ellas estudiaban en la Facultad. Ya no llevan vaqueros ni nada. Sobre todo María, con un traje de chaqueta rojo, se parece a todas las madres del mundo, aunque no tenga hijos. Se acerca elegante a la mesa donde Ana toma un café. Se saludan con un beso en la mejilla, se cogen de las manos, se alejan como en el corro de la patata para verse mejor, no has cambiado nada, pues anda que tú, vamos, que lo digo en serio mujer, que estás hasta más joven. Risas sinceras.

Toda la mañana «la sueca» se ha dicho que sería para echarse a llorar si las dos se quedaran en blanco, como dos desconocidas; pero qué va. María, que no se ha abrumado con el suplicio de ese silencio posible, se pone a hablar de su viaje, mientras pide un rioja al camarero. Ana, más callada, la interrumpe de vez en cuando para interesarse por su vida allende los mares. María le habla de su trabajo, de sus esperanzas, le habla de sus hombres: «nada serio» (su amiga ve en esa declaración algo así como una promesa). Le pregunta María, como al desgaire, si se casó al final con su amigo Manuel, el único al que hacía un poco de caso. «Sí, pero nos separamos». «Ah, lo siento un montón, mi niña» –María le pone la mano sobre su mano, sin saber lo que para Ana significa esa caricia de las venas, tibia como un beso en los labios.

Ana aparta la mano para coger, nerviosa, la taza de café. «Ya llega tu rioja», le dice señalando al camarero. «¿Te quedarás algún tiempo?», pregunta. «Pues eso sí que no lo sé, porque, mira, esta mañana me han dicho que...».

Por el cristal del restaurante no se distinguen las luces de la calle, tapiadas por la humedad de las ventanas. La niebla se come a los paseantes que vagan con sus bolsas preñadas de regalos navideños. A lo lejos, el reloj de una iglesia entona las notas de un villancico prematuro que tañe un ángel perdido. Dentro, las parejas hablan siempre de lo mismo, soñando entre las brumas que no, que esta vez es diferente, que esa noche de amor que el día les entrega no será como todas las noches de amor. En las paredes los marcos de los cuadros se cansan de ser jaula de paisajes, cárcel de pasiones, mazmorras que encierran el viento.

«Quedarme en Madrid o seguir en Tijuana o que me larguen a Estocolmo es algo que no me importa. Lo que realmente quiero es... Verás... –un sorbo de vino aclara la confusión de su lengua–, lo que quiero realmente es no volver a sufrir de insomnio porque mi cama esté vacía una noche, ni encontrarme llorando bajo la ducha porque me siento sola». «Pero me has dicho que salías con uno...». «Con uno al que conocí metiéndole un billete de cien pesos en la bragueta... No me refiero a esa relación. Con “Chinito” he hecho un año, que no está mal; pero nunca sé si me lo encontraré al día siguiente en casa ni él sabe cuándo me hartaré de sus despedidas de soltera».

Esta vez es Ana quien le coge la mano. La de Ana, caliente por el

tacto de la taza de café; la de María, fresca por la copa de vino. Va a susurrarle algo –o eso llega a creer ella– cuando María llama al camarero para que le sirva un *gin-tonic*.

–Es para despejarme, no creas que me he vuelto una borrachina.

Ana la odia pero es demasiado pronto para dejar de amarla. Odia la vacuidad de sus gestos, la superficialidad de sus maneras, el que se comporte como una mujer orgullosa de serlo. La odia más a cada minuto que pasa. Se consume por esa superioridad con que le parece que ella la está mirando. Quisiera levantarse de la silla, salir corriendo, no volver a verla nunca más. Está convencida de que lo hará. No lo duda. Lo hará, lo hará, lo hará. ¡Lo hará!

No lo hará. No lo hará porque cada vez la quiere con más fuerza en las lindes de su odio. Y sabe que cuando María se levante –porque habrá quedado con alguien para dentro de un rato– quedará sólo el frío sudor del odio, perplejo ante el perdón del amor. La humillación. Que la llame de nuevo, por Dios, que no vuelva a Tijuana, que se quede siempre frente a ella, que le deje mirarla por lo menos un día más, que puedan ir al teatro los sábados como dos buenas amigas, que se despidan con un beso, que no desaparezca nunca esa mano bajo su mano, esas venas bajo la sangre de sus venas.

–Bueno, se me hace tarde.

–¿Ya?

–Acompáñame si quieres, he quedado con Luis, el de la Facultad, ¿te acuerdas?

–Sí.

–Acompáñame, anda.

–A él no le gustaría.

–¡Qué dices! Le caías genial, de verdad.

–No.

–¿No te animas?

–Prefiero quedarme aquí.

–Como quieras.

Y se vuelven a dar un beso en la mejilla, a cogerse las manos, a separarse como en el corro de la patata para verse mejor. «¡Te llamo con lo que sea!», grita María al darse la vuelta.

–Sólo somos eternos cuando lo hemos perdido todo –un susurro que nadie adivina bajo las lágrimas ahogadas.

Ana vuelve a quedarse sola ante la mesa de la ventana. Se guarda en el bolso la servilleta de María manchada de carmín. El café se le ha enfriado. Espera a que anochezca un poco más. En la tele no ponen nada interesante. Su amor ha pagado la cuenta. Todas las cuentas.

TERCER PREMIO / HIRUGARREN SARIA

Noche de bruces sobre la tierra

de Artemisa Téllez-ren

La música estaba a todo volumen. Todos estábamos pasados de tragos, pedos pues, bien pedos. Marisela no tomó nada, su papá no le dio permiso. Su mamá le dijo que tomara una copa (su primera copa) por ser su fiesta de cumpleaños. Se veía bien bonita con su vestido de quince (no le dije que se veía bonita). Carlos y el Guamas me hicieron una seña desde arriba, yo no quería subir porque tenía miedo, además Mari me estaba haciendo ojitos y quería aprovechar la oportunidad. No pude, subí. En casa de Tavo no había nadie, todos estaban abajo bailando, chupando, comiendo y nadie nos prestaba atención.

-Miren, aquí está la pistola que les dije (era la pistola de su jefe que dizque que es judicial). Sentí frío ¿Seguro que tu jefe no se da cuenta? No, güey y si se da cuenta le meto un balazo a él (Tavo odia a su papá, quiere matarlo). Bajamos las escaleras corriendo. Tavo le dio la pistola a Carlos y él la guardó. El patio se veía bonito con las guías de flores rosas y los focos de colores. Mi mamá me llamó desde lejos ¿ya te vas mijo?, ¿cenaste? Me dijo que habían tamales verdes y marinitas de mole, le dije que ya había comido. No comí, no tenía hambre. No se burlaron de mí (mi mamá me dio la bendición), me esperaron en la puerta y nos fuimos todos juntos. No se despidieron, nadie se despidió. Sólo mi mamá se dio cuenta que no nos quedamos a la fiesta.

En la calle no había nadie, eran las doce de la noche. Sentí deseos de regresar, de rajarme, de quedarme a cenar y sacar a bailar a la Mari y pedirle que sea mi novia. Guamas traía cigarros, nos dio y todos fumamos. Estábamos nerviosos, pero no hablábamos. Tenía frío (Mamá me dijo que me pusiera el suéter y no le hice caso). Ya se me había bajado el alcohol. En la calle había dos putas, muchos gatos y muchos perros, estaba mojado el piso aunque no había llovido. Arriba, es aquí arriba. Nos volteamos a ver, nadie quería entrar, pero no dijimos nada. Subimos las escaleras (me temblaba todo). Cállense, pendejos... No me di cuenta de que estábamos hablando. Carlos y Tavo iban adelante. Su puerta estaba pintada de verde y había muchas plantas afuera. Tocamos la puerta, pero no estaba.

-No mames güey ¿qué hacemos? Vimos que estaba entrando al edificio. Carlos apagó su cigarro (debía de ser otro cigarro) y la oímos taconear por la escalera. Esperamos (respiración, latido, respiración, latido), se echó a correr a toda prisa. (Nos vio, ya nos vio). Corrimos tras él, tras ella, la alcanzamos

a media escalera. Puto de mierda, puto (Tavo le da en el estómago, en la cabeza) Dinos, Efraín ¿por qué ya no vas a la escuela? (Carlos le pega, le pega). Efraín no se defiende, llora, llora mucho. Trae una falda negra y una blusa azul. Le pego yo también (tengo que pegarle yo también). Hay sangre, sangre, yo creo que ya esta muerto, se murió, no, no se murió ¡lo matamos!

Salimos corriendo del lugar (nadie usó la pistola), corremos, corremos, corremos y siento que me voy volviendo grande, fuerte ¡lo matamos! Y recuerdo su piel morena, como de niña ¡Lo matamos! Ya no tengo frío, no necesito el suéter. Tenía los ojos negros. Tavo se viene riendo, Guamas está llorando, nos sentamos en la calle a fumar un cigarro. Maldito pendejo, cómo lloraba. Sí, pinche idiota, que asco me daba. (Asco, asco, la orilla de mi pantalón estaba roja de sangre).

Me reí, me carcajeaba. Tenía la boca pintada (se veía bien con labial...) ¡Qué bueno que lo matamos!

ACCESIT

Me Ilamaban Charles

de Luís Pérez de Castro-ren

El disparo –dolorosa soledad del que parte-

Nunca pensé que un disparo podría ser la salvación. Un disparo y se acabó. Cuatro hombres bajaron por la calle con la caja sobre los hombros. El cadáver era mi padre. Mi padre muerto por un disparo. Detrás Benito, Cosita y Pancho Guina toman aguardiente.

Detrás tío Raúl también toma aguardiente, mira para la caja y grita:

–No me importa que te hayas muerto, en definitiva fuiste un cobarde.

Otros murmuran:

–Fue buena gente cantidad. Buena gente de qué, perro chivato lo que era. En el reino del Señor todo el mundo es bueno.

Detrás las hermanas, las tías, las abuelas desdentadas. Detrás mi madre sin llorar, sin una pizca de dolor. Detrás todos con tremendo bayú.

La escuela –moradores de un futuro incierto-

Estoy entrando a la escuela, a lo que llaman escuela y le ponen nombres de mártires caídos heroicamente en cualquier combate contra cualquier enemigo, pero que es un relajón llena de muchachitas que sonsacan a todos. Una escuela que a pesar de todo la llaman escuela. Yo voy entrando y todos me conocen y me chiflan y me gritan:

–Mariposita de primavera. Cuidado con la niña de mamá.

El Rafa es... Yo los miro con sus gritos sórdidos y me da mucha vergüenza. De todos modos entro. No les hago caso y entro, total, siempre va a ser igual. Siempre la misma escuela, los mismos profesores haciéndose los desentendidos. Siempre será lo mismo, hasta que termine.

Todos los de esta escuela son una mierda. Todos los de mi aula son una mierda. Excepto Yoel que me mira y se muerde los labios. Percibo su instinto de caníbal y olvido la suciedad del piso, el techo erupcionado, las obscenidades de los profesores retumbando entre las paredes. Nervioso me pongo de pie.

–Voy al baño –digo.

–¿A qué? –pregunta el profesor con un gesto de susto.

–Al baño.

Seguidamente Yoel me imitó:

–Voy al baño.

–¿No puedes esperar a que él regrese? –exige el profesor aún con el gesto de susto.

–Estoy apurado.

–Vayan y no se demoren.

No hay comentarios pero todos nos miran. Estamos en el baño. Yoel se me acerca y me mira con ojos alocados.

–Tú me gustas –dice.

–Cállate.

–Hazme una paja.

–Cállate.

Y se me acerca y nos besamos. Y me baja el pantalón y me dice que me quiere. Ya todo está vacío. Están vacío los pupitres, el aula, la escuela, tal vez el mundo. Su respiración bajó por mi espalda y de forma desesperada comenzó a penetrarme.

Todo permanecía vacío. Eso pensamos, que estábamos solos y que el mundo permanecía horizontal y que las gentes pasaban y miraban sin mirar. Pero, bajo el marco de la puerta, permanecía el profesor de mierda junto al resto de mis compañeros de mierda reclamando por una moral inexistente:

–Si tú padre se llega a enterar te mata. Apenas diecisiete años y ya es maricón. La papa podrida hay que sacarla del saco, sino...

Quedamos atravesados por una lanza ensordecedora, la desesperanza.

Peregrinación –absurda complicidad-

Decidí salir detrás de ellos, que caminaban con pasos lentos y la cabeza baja, como si sobre sus hombros llevaran el fétetro de un ministro y no mi padre, sin su uniforme militar y silenciada su voz de mando.

Las abuelas desdentadas me miraban con la curiosidad que se mira a un

insecto, se sacudían la nariz con un trapo y seguían sollozando. La más vieja y fea se me acercó.

–No te da vergüenza estar aquí –dijo.

–No.

–¿No? Se mató por la vergüenza, por tú culpa.

–Estoy aburrido de tus jodederas, Petrona. Él se mató por pendejo, por eso mismo que ustedes saben.

Gritó tío Raúl. Mi madre los miró, con los dedos de la mano derecha se sacudió la nariz y después de limpiárselos con un trapo negro que llevaba sobre la cabeza, dijo:

–No quiero oír más de lo mismo, coño –volvió a sacudirse la nariz. Miró nuevamente a tío Raúl, a la abuela, y repitió en voz baja–: Perdónalos Dios que son iguales.

Yo los veía enfilarse las lenguas, no reconocer que Dios perdona a todos por igual y no hay más que ser uno mismo. Ellos continuaron culpándome. Las gentes quedándose en cada esquina, en cada bar que se encontraba abierto.

Servicio Militar –goce imantado del deseo-

–Firmes.

Gritó un sargento. De la faja del pantalón sacó una pistola, la desarmó y la puso sobre una mesa de madera. Llamó a un soldado, le quitó el fusil que llevaba colgado al hombro, lo desarmó y también lo puso sobre la mesa. Cambió las piezas de lugar, me miró y dijo:

–Vamos a ver en cuántos minutos las armas.

Yo no daba con aquel rompecabezas. Mis manos y mis pies temblaban, y el sargento sólo sabía decir:

–Flojo, muy flojo. Firme.

Volvió a gritar con voz varonil. Se me acercó y disparó a quemarropa:

–Aquí los hombres vienen a prepararse para la guerra, a morir si fuera necesario –tiró una escupía al piso, la aplastó con el pie y volvió a la carga–: Hoy vas a marchar hasta que aprendas. Y comenzó un canto robusto, digno de un hijo de la patria vestido de verde olivo:

–Un, dos, tres. Al. Coge el paso. Un, dos, tres. Al. Bien, vamos de nuevo y canta conmigo: Solo los cristales se rajan...

Y yo sudando igual que un animal embestido por la estupidez de un comierda perdido en un éxtasis sin reposo.

–Los hombres mueren de pie. Un, dos, tres. Así es como se hace. Vivo en un pie libre...

Sus gritos lastimándome los oídos, desgarrándome la carne. Ya ni siquiera tengo la certeza de ser Rafael, si he regresado a mi casa o continué en una guerra imaginaria. O quizás yo nunca haya existido y sólo sea el sueño de un soldado que en estos momentos se muere ante un sargento incapaz de darse cuenta que soy un débil maricón, que no resisto más y me voy a desmayar. Entonces pienso en Yoel, en sus manos sobre mi cuerpo, en su mirada tenue, interrumpida por el fervor moralista del profesor y el resto de sus corderitos. Un teniente flaco y jorobado vino hasta nosotros.

–¿Un recargo de servicio, sargento? –preguntó.

–No, pero tú te imaginas lo que es no saber armar la pistola y el fusil.

–¿Y?

–¿Cómo que y? No te das cuenta que se está cayendo sin sonar el primer disparo. Además, que se ponga fuerte.

El teniente me miraba. Sus ojos estaban dotados del don de amar. Sus ojos lo delataban.

–Yo soy Laguart, el político –dijo.

–Gracias.

–Yo pasé por eso.

–Gracias de todos modos.

–A la noche pasa por a mi oficina, que yo no me voy hoy.

Desde el albergue veo la luz de su oficina y siento no poder distinguir el rumor de los que me rodean, el dilema del ser o no ser, o la incomprensión de los que no aceptan que dos hombres existan y se amen en un punto donde el tiempo y el espacio puedan converger. Miro a los demás. Escucho sus historias de amor y desamor. Y pienso en el filo del odio, de los sueños frustrados y la soledad acompañada por una tristeza sólo bendecida por el silencio. Y decido cagarme en la rigidez de cuantas ordenes me quieran imponer, y salgo al encuentro de Laguart con una intención: exhalar suavemente los latidos de su corazón hasta sentirlo que se apaga, vivir toda la vida en ese único instante.

–Pasa.

Me dijo sin camisa y su cuerpo lo vi hermoso. En dos vasos echó aguardiente. Me tendió uno y se sentó a mí lado. Bebimos sin hablar. El silencio se hacía tenso y sus ojos brillaban.

–Cómo podré bendecir este encuentro –dije.

Me quitó el vaso de la mano, lo puso a un lado y mientras me besaba, decía:

–Siempre seremos un acertijo. Ya está bueno de tanta mentira, del prestigio y del qué dirán. Quitate todo eso.

–¿Y mañana? –vacilé.

–Mañana vivimos juntos y nos creemos que somos felices, que vivimos en un país donde a nadie le importa nada ni un carajo.

Y nos desnudamos.

Y nos amamos.

Y soñamos con una calle en dirección al mar, con una casa y un huerto, que juntos veíamos llegar el amanecer.

–Laguart y compañía, los estamos esperando –gritaron desde afuera.

Bajo de una carga de improperios contra nuestro deshonor abrimos la puerta. Un gordo se acercó a Laguart, le arrancó las charreteras de los hombros y comenzó una oración que parecía interminable:

–Traidor. Mereces que te corten los huevos. Para defender la patria hay que

ser macho. Estás botado por maricón. Pasado cinco días en el calabozo me dieron la baja.

El cementerio –monólogo del orador-

Apenas ocho personas llegamos al cementerio para enterrar a mi padre. Un viejo lleno de pelo tomó un trago de aguardiente de un pomo plástico, limpió un hueco en la tierra, volvió a tomar otro trago, este más largo, nos miró con cara de lástima y comenzó a hablar de forma incoherente:

-Después del nacimiento de Jesús nada ha sido igual, pero aquí estamos despidiendo a un gran hombre...

Yo miraba aquel viejo sucio y medio borracho. Lo veía mentir por una botella de aguardiente y veinte pesos. En realidad todos mentían. Mentía mi madre, mis abuelas, sus hermanas, los pocos que llegaron y decían ser sus amigos.

-Que Dios tenga en la gloria a este hombre amigo de sus amigos, buen marido, buen padre.

Excepto tío Raúl, los demás caminaron hasta el hueco y mientras bajaban la caja dejaron caer flores sobre ella. Yo quedé alejado de todos. Tío Raúl se me acercó, me echó un papel en el bolsillo de la camisa y dijo:

-No lo leas hoy, hazlo mañana.

Pasadas veinticuatro horas leí el papel. Mario nunca tuvo el valor para enfrentarlo y siempre se ocultó detrás del uniforme. Mario era maricón, decía.

Nostalgias en el tiempo –otra paz sumergida en el polvo-

La distancia va borrando rostros, las huellas de las interrogantes que un día nos invaden y quedan sin respuestas.

Hoy veo el mundo distinto. Tal vez porque sea más viejo lo vea distinto y un golpe de recuerdo va rompiendo mi memoria, las imágenes que

se han quedado al borde de una luz que hoy define mi soledad.

Ya no me muevo como antes y sólo alcanzo a ver una fotografía en la pared con la imagen de dos jóvenes sonrientes. Uno flaco y jorobado, otro que lo llamaban Charles.

Tengo los ojos cerrados para no cambiar la historia.

ACCESIT

Itzalak

de Ilargi Azpiroz-ren

Gau ez oso hotz batean,gaueko hamabietan:re logelan dago,bere gohean jarrita hain zuzen, logela handi bat du paretak berde kolorez apainduta,hanken gainean,egunerokoa du,urdira eta bihotz batzuk marraztuta dituena.Esku batean boligrafo beltza du,bere egunerokoan idazten dago. Izan ere, bere arazoak lasaitzeko erabiltzen du liburuxka hori.

Burua bueltaka du, bere sentimenduak nahasiak dituelako, mutikoa badu baina azken bolada honetan ez dago ongi berarekin, nahiago du egon Intzarekin, bere lagun ona. Buruari bueltak ematen jarraitzen du eta azkenean lo geratzen da.

Hurrengo egunean:

Izar ohetik jaikitzen da, goizeko zazpiak dira,bere ohetik altxatu eta leihotik begiratzen du, oraindik eguzkia ez da atera.

Bat-batean bere amak oihukatu dio:-Izar!Uste nuen ez zinela oraindik esnatu.- esaten dio amak

-Lasai ama,berdin dio. Gosaria prestatu al duzu?-galdetzen dio.

-Bai, sukaldean duzu, ni lanera noa. Egun ona izan laztana.

-Ongi da ama, gero arte!

-Bai, agur laztana.-hau erran eta etxetik ateratzen da.

lanera joaten da egunero bezala. Izar bere logelako ate berdea irekitzen du eta sukalderantz doa, sukaldeko egurrezko mahai gainean laranja zukua dago edalontzi batean eta esnea beste edalontzi batean.Egurrezko aurkian esertzen da eta gosaltzen hasten da.Bukatu zuenean mugikorrera mezu bat bidaltzen diote eta mugikorra hartu eta mezua irakurtzen du:

Kaixo polita! Egiten al nauzu mesede bat? Erosten al nauzu tabakoa Badakizu zure auzoko mutiko batek saltzen du eta ezagutzen diozu. Hartu Lucy marka mesedez, nahi baduzu zigarrotxo batzuk emango dizkizut. Etorri institutura hogeit hamar minutu lehenago. Agur muxu!

Mezua Intzarena da,bere lagun ona, beti tabakoa erosten dio eta aldi bat baino gehiagotan berarekin erre du zigarro bat edo bi.

Etxetik ateratzen da eta Urkorengana joaten da tabakoa erostera, Urko bera baino bi urte zaharragoa da, hile motz eta marroia, *piercing* bat badu ezkerreko bekainen. Tabakoa erosten dio eta institutura joaten da.

Institutura heltzen da, oso handia da eta betiko txokora joaten da; Frontoiko atzeko aldea. Harantz abiatzen da eta han ikusten du Intzari, paretaren kontra, ilea koleta batean bilduta darama eta flekiloa alde batera, *addida*-seko txaketa batekin dago eta bakero batzuk zuloxoekin. Motxila urdina bizkarrean dauka. Oso polita da, baita ere jatorra. Ez dago gaizki gorputzaz.

-Egun on polita! Ekarri duzu?

-Bai, tori-Hau esan eta txaketako eskuineko poltsikotik tabako kaxa ateratzen du.

-Milaesker, tori.-Eta tabakoa kostatu duena ematen dio.-Nahi al duzu?

-Bai, mesedez. Sua al duzu?

-Tori hau piztuta dago. Ongi Gorkarekin?

-Milaesker. Bueno, ustez ongi gaudela

-Joe! ze inbidia ematen nauzun! Ni ere nahi dut mutikoa! Gaur gelditu zarete?

-Ez, oraindik ez, gero solastuko dut berarekin, baina ez dut uste.

Zigarroak akitzerakoan Izar motxila hartzen du eta Intzataz agurtzen da, Intza piper egin behar du lehengo orduan. Pasabide handitik barna zegoelarik Intzataz pentsatzen du, hain polita, hain jatorra, hain ederra, hain...

kotxe bat gelditzen den moduan gelditzen da eta pentsatzen du: ``ze arraiio nago Intzataz pentsatzen? Nere laguna da!...

Klaseko atean zegoen Gorka, bere mutil-laguna. Lehen gehiago maite ziren baina azken bolada honetan ez daude ongi. Berarengana joatea erabakitzen du.

-Kaixo, zer moduz polita?-Esaten dio Gorkak bera hurbiltzen ari denean.

-Hementxe, ongi eta zu?

-Ongi, geratu nahi duzu gaur? Badakizu, betiko lekuan, betiko orduan.

-Ez dakit...

-Zer? Ez nauzu maite edo? Solastu behar dugu, betiko lekuan, betiko orduan.

Eta deus gehiago esanda Gorkak alde egiten du eta Izar klasera sartzen da.

Eguna gogorra egin zaio baina azkenean klaseak amaitu dira, beti bezala, Intzarekin joaten da etxera autobus berdinean, gero bera bakarrik etxera joaten da, kale desberdinetan bizi direlako.

Autobusetik jaitsi eta etxera doa, Intza ez du burutik kentzen, Ze arraio pasatzen da? Ez da izango Intza gustuko dutela ezta? Beldurtuta etxerat korrika joaten da, eta bere ohe urdin gainean botatzen da, Ze pasatzen da? Zergatik niri? Zergatik?

Ezin du gehiago, eta lasaitzeko musika jartzen du eta bazkaria prestatzera joaten da, makarroiak ditu jateko. *Intzari asko gustatzen zaizkio. E? Baina ze arraio! Dena Intzataz gogoratzen dit! Ez! Ez! Hobeto izango da lasaitzea.*

Bazkaldu eta Etxetik ateratzen da eta Gorkarekin geratu den lekura joaten da *Betiko lekuan betiko orduan ,hau da, lauak eta erdi trenbidearen atzeko aldean, alde hori abandonatuta dago eta leku ona geratzeko, inork ikusten ez gaituelako.* Hori esaten zion Gorkak behin eta berriz. Askok gelditzen ziren leku horretan oso ongi dagoelako, egun ederrak pasatu zituzten han baina... *Baina Intza gogoan daukat... Zer? berriz? Hau ez da posible! Ez!...*

Lekura ailegatu da eta han aurkitzen du lurrean eseria, beti bezala, horrela ikusita oso erakargarria da, Izar dagoen lekutik aurpegiaren zati bat ikusten zaio, bere aurpegi polita flekiloa luze eta eder batez apainduta.

Bai oso polita eta ederra baina Intza gehiago, Intza mila aldiz gehiago... Baina ze arraio! Hau ez da posible!

Gorkaren aurpegia itzalduta dago, bere ezpainak mantso mugitzen dira...

-Izar, begira ongi gaude baina, gehio gelditu beharko genuke, ez gara bizi hain urruti eta gehiagotan egoten ahal ginen...

-Baina...Gorka ni zurekin...ez nago lehen bezala...-Erantzuten dio Izar triste.

-Utzi egin behar al nauzu? Eta ezin gara izan lagunak eta aldi berean musukatu?

-Ez, deus barkatu baina... Lagunak bakarrik...

-Ze arraio? Nor uste zara? Gainera niri bihotza apurtzen nauzu eta bakarrik lagunak? Ongi da, alde hemendik!

Izar Gorkari begiratu gabe handik joaten da, Ongi egin du berari uztea.

Bakeroetako poltsikotik mugikorra atera eta Intzari dei egiten dio. Bere etxearen etxeko atearen aurrean gelditu dira. Bere lagunari dena kontatuko dio, *Zer esango du Intzak? Agian berarekin ateratzeko eskatuko dit! E? Berriz? Ez da izango Intza gustuko dudala?...*

Han dago Intza, orain ilea koletarik gabe darama, oso lirain dago beti bezala.

-Aupa polita! Ze ongi Gorkarekin?

-Utzi egin diot...

-Zer? Eta hori? -Galdetzen du Intzak harrিতuta

-Berarekin ez nengoen gustura...-Hau erran eta malkoak begietatik ateratzen zaizkio.

Intza Izar besarkatu eta buruan muxu bat ematen dio. Besarkatzen dionean bere bularrak Intzaren bularrekin jartzen dira, gustura sentitzen da momentu horretan.

Gaueko zortziak, etxean sartzen da, arratsalde osoa Intzarekin egon da, Bere ohe gainean eseri eta bere liburua ukitzen du, kantu berri bat asmatzeko gogoak du baino ez daki nondik hasi.

Hurrengo egunean : Institutura joaten da beti bezala, gaur gimnasia dute, eta beti bezala klasearen ondoren dutxatzen dira.

-Izar ekarri nire toalla mesedez!-Oihukatzen du Intzak dutxan zegoen bitartean.

Izar bere toalla hartu eta berarengana joaten da, han aurkitzen du biluzik, buelta eman eta toalla ematen dio.

-Eskerrikasko polita!-Hau esan eta arropa aldatzera joaten da.

Izar bere ondoan eseri eta lurrari begiratzen du,Intzaren gorputzaren itzalak ikusten ditu, *Ze itzal politikak ,gorputzaren formak ,forma perfektuak, forma politikak...*

Etxera heldu orduko ohe-gainean zeukan koaderno hartu eta abesti bat idazten hasten da:

Itzalak ikusten ditut, bai zure itzal goxoak dira , forma bereziz jantzitako itzalak, zure itzal gozoak! Badakit, gaizki egiten dutela zutaz gustatzea,badakit maitasun debekatua zarela,maitasun debekatua zara. Sexu berdinekoak garelako ,horregatik, ezin dizut maite. Itzalak ikusten ditut, bai zure itzalak dira, zure gorputzaren forma islatzen dute.Itzalak ikusten ditut bai, itzal debekatuak...

Hurrengo egunean, Izar Intzari sentitzen duena kontatzeko prest dago. *Nere sentimenduak dira ez banau maite berdin zait, gustora sentituko naiz.* Etxetik bizkorrago ateratzen da, eta institutuko frontoiaren atzera joaten da, eta han dago, beti bezala zigarro bat erretzen.

-Aiba! Izar! Ze erretzera etorri zara?-Galdetzen du harrituta Intzak.

-Ez, beste gauza bat da zera, oso polita zara, eta zutaz zerbait sentitzen dut.

-Zer? Ai ama zaude ongi? Belarra erre duzu edo zer?-Galdetzen du irri eginez

-Ez, ez dut ezer ez erre,zutaz gustatzen naiz.

-Zer?-Irrifarrea ahotik kentzen zaio- Ospa hemendik ni ez naiz lesbiana baten laguna, ahaztu nitaz!-Oihukatzen du indar guztiarekin

Izar negarrez hasten da, nola egiten al dio hau bere lagun onenak?

Egunak joan egunak etorri, institutu osoa enteratu da Izar homosexuala dela eta bere klaseko mutiko guztiak *lesbiana* deitzen diote, Gorkak ere bai. Beti beraz irri egiten dute, bokadiloetako papera ere botatzen diote burura. Baina egun horretan, norabait Izarri paper bat uzten dio mahai gainean esaten ``Gaur zortzietan trenbide Gorkarena ezin da izan, ez da bere letra, baina joateko gogoak du, *Nor izango da?*

Arratsaldeko zortziak ailegatu eta Izar trenbidera joaten da, han ez dago inor, orduan bazter batean esertzen da. Handik bost minutura:

-Barkatu berandu etortzeagatik! Musika eskola nuen eta azterketa bat egiten ari nintzen!

Ahotsa ez da mutiko batena, neska batena baizik eta ezaguna egiten zaio, ez, ez da Intza, buelta eman eta...

-Maider! Zu? Ze nahi duzu?-Hau esaten zuen bitartean Maider berarengana joaten da mantso-mantso.

Maider ile beltza eta motza du, bakero zuri batzuk eramaten ditu eta txaketa more bat, eskuetan gitarra bat badu bere estalkian sartua eta motxila beltz bat. Polita da bai, eta gainera oso trebea gitarra jotzen.

-Ba...Institututik erraten dute zu homosexuala zarela, eta gauza bat esan behar dizut, ni ere homosexuala naiz... Begira niri mutikoak ez didate asko erakartzen zera... Niri neskak erakartzen didate... Eta ez zaude gaizki... Orduan...Nahiko nuke zuri ezagutu...

Izarren aurpegia harria bezala geratzen da, baina barnean oso pozik dago, bera eta Maider ongi konpontzen dira eta neska polita delakoz.

-Bai, zergatik ez? Gauza berriak probatzea ez da txarra.

-Izar, ezagutu nahi zaitut gehiago, ongi konpontzen gara baina hurrenerago joan nahi dut...

Eta hau esan eta bi neskak muxu bat ematen dira ,iluntasunean,

farolen argiarekin lurtean beraien itzalak islatzen dira, gau ez oso hotz horretan.

Baina hori hasiera izan zen...

Urte bat eta erdi eramaten dugu elkar Maider eta nik, Hasieran denak gutaz irri egiten ziguten, baina hemen gaude, eta ez dugu hetsiko, berdin zaigu jendeak esaten duena, berdin zaigu iraintzea, Maider eta ni asko maite garelako eta betirako garelako eta gainera egiazko lagunak beti han egongo dira, Intzak barkamena eskatu ziran eta orain lagunak gara.

¡Adiós amor! ¡Hola amor!

Diego Tenorio Conde

Yo peco es por no ser prevenido ni nada, porque si sí entonces me hubiera percatado de la fijeza con que Mondo me miraba los muslos. Están un poco blandos, ya sé, la edad es un ablandador más fuerte que la papaína. Pero tienen algo de su antigua forma. Madre decía que yo tengo las piernas tan bien delineadas como una reina de belleza o como una de esas putas caras que caminan por las pasarelas del mundo. Además el color. Blanco leche. Con el tiempo se me ha puesto más traslúcida la piel y se me notan más las venitas, pero no es que sean várices. Contrasta con el poderoso tronco de pierna de mi azabache. De razón me cuesta tanto trabajo cortarlo. Es que el fémur es muy grueso –y yo me pierdo en otra exquisita asociación de ideas–. Mondo sí tenía el mismo tono en venas, nervios, tendones y músculos, ¡todo chocolate! Y duros como cables de acero... Yo lo veía que como que engarrotaba el pie para que se le brotara el cablerío de la pierna y se le pusiera todo duro. Porque sabía que eso me impresiona.

Yo creo que madre me bañaba con leche de cabra como se bañaba Cleopatra. Porque, si no, ¿por qué esta piel tan blanca? Y me contaba que yo había tenido el pelo casi blanco de lo rubio y que por eso me dejó bucles, que me llegaban a los hombros, hasta los siete que entré a la escuela. Y que no me quisieron recibir con cachumbos ni con pantalón cortico y hubo que visitar al peluquero y yo lloré y lloré como una magdalena y madre lloraba a la par conmigo.

Pero más lloré el día que me di cuenta –en un momento de lúcida comprensión como un relámpago– de lo que tramaba Mondo cuando me tocaba y oprimía el cuello y la parte interna del muslo, palpando el curso azul de las arterias. Antes lo vi investigando en internet sobre la femoral y la aorta. Pero la culpa fue mía. Un día en un arranque de apasionada gratitud le dije que él sería mi único heredero. Después, empecé a sospechar porque dejó de administrarme lo que llamaba el tiestazo inicial. Consistía en cogerme la cabeza, su manaza en mi nuca, y estrellaba mi cara contra su estómago para que yo sintiera la pared de sus abdominales y la nariz me quedaba ululando y el dolor me inundaba agudísimo casi hasta las orejas y se me saltaban las lágrimas. Y él soltaba la carcajada y me abatía contra la cama y embestía con furia. Pero desde que se me salió lo de la herencia empecé a tratarme con más delicadeza. Yo no dije “esta boca es mía”.

El amor era Mondo. ¿O debo mejor decir: fue? No, no creo. La

contingencia de las cosas (el amor es una ‘cosa’—según el filósofo Durkheim—como todos los hechos sociales) no demerita su valor existencial. Mondo era mi mundo. Mondo carne. Mondo músculo. Aún puede verse algo de esos puros cables de acero enroscados sobre sus huesos para armar toda la estructura maravillosa de su cuerpo. Sus muñecas eran el doble que la mías. Solía agarrármelas para, según decía, torturarme. Y abrazaba mi muñeca con esas manazas de gorila y me apretaba y a mí me parecía —boqueando de placer en medio de ese dolor inmenso— que me iba a aplastar el cúbito contra el radio y que las astillas de los huesos me iban a romper las venas y que yo iba a morir a sus pies desangrado, babeando con mis labios y dientes contra los tendones de sus pies. ¡Divina muerte! Pero se detenía cuando yo iba a lanzar el primer chillido (lo adivinaba) y decía aquello de que él debía haber nacido durante la Inquisición porque adoraba la tortura. Que en esa época su vida debió ser la de Savonarola —aunque esto tal vez lo dije yo—. Que debe haber una carrera, en alguna universidad militar del mundo, dirigida a estudiar historia de la tortura, anatomía del dolor, límites cuantificables del desangre, exacerbación del deleite, síndrome de Estocolmo y similares... — una conferencia sobre disposición de despojos, es lo que yo necesito ahora—. Yo tengo una imaginación galopante y todo lo adorno, lo que me dicen y lo que no me dicen, pero algo así me decía él. Y yo con la muñeca enrojecida por lamparones de placer-dolor, con la marca de sus dedos latiéndome en oleadas rojo cereza, arrobado en el goce de unas palabras que yo oía pero él no había pronunciado. Casi nunca hablaba. Mondo mudo. Mondo mundo, monzambo, patizambo. Adorado negro bembón de huesos y carne ahora un montón.

Es mensajero, mi nuevo futuro amor —aunque él aún lo ignora—, en esa firma de abogados que tiene oficinas frente a mi condominio. Me voy a comprar una de esas motocicletas grandotas BMW y la voy a mantener parqueada delante de mi edificio para que cuando salga el muchachón a hacer algún mandado en su motico se me arrime y me diga “Uy, qué motaza” y yo le diré “¿te gusta?” y lo voy a invitar a la ciclovía este fin de semana o el otro para que me enseñe a manejarla. Le calculo unos veinticuatro años pero muy bien embutidos en ese cuerpazo de brazos y muslos y glúteos y pectorales inflados y esa cinturita y esas caderas estrechísimas que me lo voy a comer a mordiscos. Mondo tenía trentisiete pero decía que trenticinco porque trentisiete ya son cuarenta y en cambio trenticinco se aproximan a treinta. Yo sí no me quito los años porque me parece una pendejada. Sigo en mis setenta

aunque la cédula diga que setentisiete pero es que cuando tenía quince me decían ‘mono viejo’ porque parecía de diez y luego siempre tuve cinco menos y ahora cuando cumplí setentidós pues es más fácil decir setenta. En justicia, debo decir que Mondo mi amor sí parecía y tenía fogosidad de treinta.

Yo lo bauticé en la madrugada de nuestra primera noche juntos. Noche de gloria y fuegos artificiales en mi cama redonda de tres metros de diámetro, ‘super XXX King size’. Mi King Kong la inauguró TODA. Yo me sentí pletórico, colmado hasta el hartazgo. Mi cuerpo brincaba con vida propia. Desde mi dedo gordo del pie izquierdo (es el más largo que tengo) me sacudió un espasmo trepidante por todos mis nervios hasta el pulgar de mi mano derecha que se curvó sobre los otros dedos para encerrar el placer en esa mano y disparar mi puño hacia arriba. ¡Soy el poder!, grité con mi brazo enhiesto. Yo te bautizo ¡Mondo! –lo abracé– ¡Sos el mundo! Y viniste a mí, en mí y por mí “mondo y lirondo”. Me miró con sus ojos aborascados, negros carbunclos bajo sus espesas cejas: “Dejémonos de cabronadas. Yo me llamo...” “Chist”, grité con mi índice contra sus espesos labios color miel rosada: “Tú eres lo que yo quiero, te llamas como yo quiero y cuando te llame quieres”.

Aceptó porque empecé a darle lo que me pedía. Por su cuento de que le gustaba la carpintería le acondicioné un taller con todas las herramientas que hallé en mercadolibre.com. Desempaqué todo y lo distribuí en paneles contra las paredes con profusión de ganchos y en mesones especiales con cajones grandes. Entre las herramientas venía la sierra eléctrica, la única que ha tenido uso, y que se lo di yo porque Mondo se desentendió de todo y le dio la espalda a sus sueños cuando entró en la vida regalada que armé en su derredor.

Mi nuevo futuro amor se llama –ya averigüé– Rodolfo. Rudo lo voy a llamar. Pero no. Golfo me gusta pero es que la f es como tan aguachenta. Tosco no me suena, “tosco NO” dicen las vírgenes. Toscao con esa o honda del portugués, meu coração. Y se parece a Falcao, el triplepapito que ojalá metiera sus goles en mi portería. Bueno, después de nuestra primera faena sabré con absoluta certeza cómo se llama y rebautizaré a Rodolfo. Ojalá no termine como terminó mi Mondo en este informe y baboso inmondo montón de huesos aserrados y carne en picadillo y que ahora no hallo ni discernio ni sé dónde metérmelo.

Bajo el cielo azul de Puerto Montt

Omar Arévalo Merino

**Y yo la dejé sola frente al mar
bajo el cielo azul de Puerto Montt.**

(Los Iracundos)

Como si de la claridad del cielo dependiera despejar los pensamientos y resituarse los sentimientos que convergen atropellándose en mi ser, me siento en la ribera de este río a esperar que te detengas como ayer a observarme; como yo observo el movimiento de estas aguas y la porción de cielo azul que se refleja en el cauce del río Mapocho, mientras de reojo diviso tu cuerpo aproximándose.

Porque es fácil recordar que te acercaste a mí, en este mismo parque, midiéndome con tus ansias; con esa sonrisa más grande que mi desconfianza y comenzaste a hablar con códigos conocidos para ambos, mientras subrepticamente te ibas pegando a mi cuerpo y yo sin darme cuenta bajaba la guardia y entonces supiste que la suerte estaba echada, porque los dados los marcaste en el mismo instante que fichaste mi figura entre tantos individuos que daban vueltas circulares, mientras el río era sólo una excusa, a veces demasiado pestilente, para entregarse en sus orillas.

Y entonces sólo te bastó conocer mi nombre y contarme tu vida de niño extraño en ese lejano Puerto Montt, y decirme que mi rostro te era familiar, como ciertamente lo era el tuyo para mí, para pagar el pasaje del taxi y conducirme a la casa arrendada, donde todo guardaba un orden riguroso y donde, de vez en cuando, me mirabas impaciente, por esa manía mía de preguntar acerca de la vida y de los sueños mientras, sentado al borde de la cama, el deseo me consumía y algo intuía detrás de ese corte de pelo y esos zapatos demasiado brillantes; mientras buscabas en la radio la música perfecta para llenar tus silencios.

Entonces de pronto tu beso me sorprendió mirando la fotografía sobre el velador y ese fue el pretexto para que la ropa nos incomodara y yo sintiera que desde esa foto unos ojos antiguos me perseguían.

Y cuando después de haber besado cada centímetro de tu carne

te miré a los ojos, esa oscuridad propia de puertomonttino y tú tuviste la necesidad de aferrar mis manos con las esposas de tus manos, mientras tu boca colonizaba los contornos de mi lengua y tu cuerpo sin vellos iba trepando poco a poco las vellosidades de mi piel; entonces cuando te miré a los ojos y estos siguieron mi mirada que se posaba en la fotografía de aquel que nos observaba desde el velador: tu retrato con la gorra verde y el uniforme de servicio, supe que esta vez no hubo barricadas entre nosotros, como en aquella ocasión hace años y no había sido necesario esta vez que me arrastraras del pelo y con las manos esposadas hacia el carro verde, en medio de la gente dispersada por el agua y los gases lacrimógenos gritándote asesino, asesino; la misma palabra que modulaba mi boca en silencio cuando tú caminabas por mi espalda alimentando mis quejidos, en el pasillo atestado de cuerpos de manifestantes sometidos al mismo ejercicio y luego fichabas mi figura entre tantos detenidos que daban vueltas circulares por el calabozo pestilente de la Primera Comisaría.

Algo pasó por tus ojos en ese momento. Algo dijimos acerca de ese ayer en que no éramos felices. Lo cierto es que quizás lo del recuerdo fue sólo una excusa para lo que sobrevino, cuando tu mirada me esquivaba y en un acto difícil de interpretar me ofreciste tus manos que aferré con fuerza, mientras tu cuerpo se entregaba sin defensa boca abajo y yo maniobraba sobre tu espalda alimentando tus quejidos y luego fumaba un cigarrillo archivando tu cuerpo en la memoria de tantos cuerpos sometidos al mismo ejercicio; tras lo cual las palabras ya sobraban y la despedida fue rápida y hasta necesaria y en un gesto inexplicable la invitación a la cita de hoy cayó de tu boca, en una maniobra que trato ahora de dilucidar; que quedó dando vueltas en mi mente hasta este momento en que siento tu perfume, mientras el sol proyecta mi sombra sobre el pasto y pienso en que no sé por qué vine y por qué te espero con ansias mientras tus pasos pasan de largo y me dejas aquí, sentado frente a este río que se lleva mi mirada al mar, frente a este mismo río que no es azul, como tampoco lo es el maldito cielo de tu Puerto Montt.

Dos gardenias

Anisley Negrín Ruiz

- ¿Cómo son las gardenias? Nunca he visto una.
- No sé. Yo tampoco.

Una cucaracha examina el cuerpo exangüe de su compañera. Las bazukas acabaron de pasar, esparciendo su aliento de petróleo, y la calle está llena de insectos moribundos. Incluso las rubias parecen insectos. Caminan tomadas de las manos. Despacio, sobre tacones altos como zancos, rojos como sangre. Con los estómagos revueltos por la peste a insecticida y la asquerosa visión de tantos bichos muertos.

La oxigenada exhibe sus dientes en una sonrisa Colgate. Blanquísima. Intenta alegrar a la otra, la rubia natural, que ha venido por todo el camino quejándose. Le dolía. El olor que las bazukas han expandido se opaca ante su Chanel Nº 22. Un perfume tan caro como ella. La rubia oxigenada abre la puerta. Despeja de muebles el camino hacia la cama. Quita el cobertor. Conduce a la rubia natural hacia ella. La desviste. La acuesta. La arropa.

- Me gusta mi nombre.
- A mí también.
- ¿Olerán rico las gardenias?
- Seguro.

Aunque la casa estaba cerrada cuando fumigaron, algo del humo gris de las bazukas se coló por donde pudo. La rubia natural tose. La oxigenada va y abre una ventana. El Chanel Nº 22 se ha contaminado, haciéndose casi imperceptible. Hay olores más fuertes que otros. Se imponen. Una araña cabizbaja ya no se puede sostener de su hilo y cae. Debió ser por el humo. Hay olores que matan.

La rubia natural pide un vaso de agua. No sabe cómo, si tiene frío, también la ha atacado la sed. Antes, en vez de agua, tomaba cerveza. Cara. Ella podía. Los hombres se mataban por pagársela. La oxigenada la veía de lejos hacer con ellos lo que le viniera en ganas. Nunca tuvo suerte con los hombres. Quizás por ser trigueña. Por eso fue y se tiñó el pelo. Ahora parecen hermanas.

- Toma despacio, para que no te atores.
- Está rica.
- Sí, y fresca. La preparé yo misma.
- Tonta, el agua no se hace. Viene así.

Con la mano libre, reacomoda a la rubia natural. Que su cabeza descansa justo en la almohada. Deja el vaso sobre la mesita de noche y va al baño a buscar con qué quitarle el maquillaje. Ha sido una noche larga. La más larga de todas.

Le encanta hacer eso: frotar su rostro con la punta de la toalla y ver cómo se va cayendo la pintura. No sabe para qué se pinta. A la rubia natural no le hace falta. A ella sí. Y mucho. Si no, pasaría inadvertida. Aún se pregunta cómo la rubia natural la vio aquella noche, sentada sola en una mesa. Las luces a mitad de su potencia no ayudaban mucho que digamos. La bebida tampoco. Y ella rodeada de hombres. Riendo. Embrujándolos. Dejándose sobornar. Haciéndoles creer que se dejaba, para luego disculparse e irse. Riendo. Sola. Por esas calles.

- Han de ser hermosas, ¿verdad?
- ¿Qué?
- Las gardenias.
- Sí.
- He soñado con ellas, ¿sabes? He soñado que corro entre ellas, por el campo.
- Duérmete.
- Pero no tengo sueño.

Estaba sola en una mesa. Con su pelo rubio artificial. Con un vaso de algo. Un líquido. Para que no la echaran por no consumir.

Ella no hizo nada especial. Desde la barra. Rodeada de hombres. La miró y sonrió; se empinó su bebida y la rubia oxigenada vio bajar el líquido por su garganta.

Todavía se escuchan las bazukas a lo lejos. Fumigan en otra manzana. Sacan otros insectos a morir a la calle.

La rubia oxigenada no soporta los bichos. La rubia oxigenada no soporta las bazukas. La rubia oxigenada no soporta verla así, tirada en la cama, negándose a ir al médico o a la policía. Siente algo como unas extrañas ganas de matar recorriéndola por dentro. Pero sonríe para ella, para que se ponga bien, se recupere rápido, y puedan salir a pasear juntas, como hermanas.

- ¿Todavía no se van?
- Ya están lejos.
- Tengo miedo que vuelvan.
- No lo harán. Duérmete.
- No puedo. Me duele.
- Ya va a pasar.

Por una ventana semiabierta ve los de las bazukas al frente, invadiendo otras casas. Quién sabe si el petróleo que esparcen termine por aniquilarlos a ellos también. Es fuerte. Mancha el piso y los muebles. Es difícil de quitar. Una se cansa.

La rubia oxigenada hala un asiento bien cerca de la cama. Toma un brazo de la natural y comienza a acariciárselo. Ha querido hacerlo desde mucho tiempo atrás. Desde esa noche en que la miró y sonrió y se tomó su bebida de un trago. Siempre tuvo más suerte que ella con los hombres. Pero no todos admitían el rechazo. Se gastaron una fortuna en ella. Le habían regalado un pomo de Chanel N° 22. Tenía su nombre: Gardenia. Y ella se fue con su regalo en la cartera sin siquiera devolver un beso.

- Tengo ganas de que me quieran.
- Yo te quiero.
- Tengo ganas de que me besen suave la piel.

Era valiente. Se iba sola a su casa. Por esas calles oscuras y sin nadie. Por suerte, no habían fumigado. Si no, hubieran estado llenas de bichos muertos y ella no hubiera tenido el valor de irse. Por desgracia.

Alguien la llamó: Gardenia. Y le fueron arriba. Eran muchos. Un sonido como de vidrios rotos se dejó escuchar entre los gritos. Un aroma dulzón comenzó a expandirse lentamente. Hay olores que matan. Y la rubia oxigenada viendo y escuchando y oliendo desde su escondite, sin hacer

nada. Si hacía algo, no hubiera podido recogerla y cuidarla como quería. No la hubiese tenido para ella sola.

- ¿Tú crees que no pase nada si me duermo?
- ¿Qué va a pasar?
- No sé. Tengo miedo.
- ¿De qué?
- De las gardenias. Tengo miedo de que no pueda salir nunca más de ese campo de flores ¿Sabes cómo son?
- Como nosotras. Rubias. Silvestres.

Las bazukas se han ido. Los insectos han muerto. El humo gris petróleo insiste en tragárselo todo.

Insomnio

Teresa Regla Medina Rodríguez

Estoy inmóvil, aguardando a que pasen las horas, quisiera abrir los ojos y salir corriendo, pero no puedo. El miedo impide moverme. Parece como si estuvieran enyesadas mis articulaciones. Y esta opresión en el pecho que pretende desbocar la sangre en latidos. ¿Dónde encontré valor? ¿Cómo es posible que haya ocurrido algo semejante en mi vida? Nada gano con reprocharme. Diga lo que diga y haga lo que haga, es una irrevocable realidad. Al fin y al cabo estoy bien, como lo deseaba, tengo impregnado el aroma de su perfume. Sus sábanas cubren parte de mi cuerpo. Recibo en mis espaldas su respiración acompasada, creo que ha profundizado el sueño. ¡Es una lástima tanta inseguridad de mi parte! Si lograra levantarme a hurtadillas, recoger las ropas de los rincones y escapar. El vaho se ha transformado en un ronquido lento ¿Con quién estará soñando? Qué bueno sería si alcanzáramos a entrar a los sueños de los demás y participar en ellos, sin que lo supiera el durmiente. Los sueños a veces resultan complicados, pueden convertirse en pesadillas y atormentarnos. ¿Me habré involucrado en una de esas alucinaciones? No quiero abrir los ojos para enfrentarme a la realidad. Tengo la boca amarga, reseca. Sus ronquidos me desesperan. Si lograra mover su cabeza sin despertarle. Se lo hacía a mi primo cuando venía de vacaciones y lo acostaban conmigo. Era mayor que yo. Nos obligaban a recogerlos temprano pero nos dormíamos tarde. Al principio no me agradaba que me tocara, pero sus cosquillas eran diferentes, inexplicable. Juramos no decirlo a nadie, sería nuestro secreto. Me acariciaba restregándose contra mí. ¡Cuánto se recreaba! Y que complacencia tan grata, una satisfacción... El día que entró mi padre y nos sorprendió, nos dieron tremenda paliza y mi primo nunca más volvió a casa.

¡Qué bueno! Cesaron los ronquidos. Creo que tengo la tensión alta. Se ha movido, ya no está a mis espaldas. ¿Iría al baño o a tomar agua? Hay quienes deambulan toda la noche como almas en pena por la casa. ¿Será sonámbulo? Llevo mucho rato en esta posición. Preciso cambiar, enderezarme, mover las piernas. Lo haré con mucha cautela. No me ha dado tiempo, regresó muy pronto. Mi miedo es superior al razonamiento, no logro dominarlo. Me está matando la inquietud. Si pudiera dormirme y con el sueño olvidar la vergüenza. ¿Cuál vergüenza? Fui yo quien abrió el juego. Sabía que podría haber otros caminos pero me empeciné en tomar por éste. Fue su sonrisa la que me hechizó. Ese brillo deslumbrante de sus ojos, que me recorrían de arriba abajo siguiéndome a todas partes sin el menor pudor.

Sus palabras a veces tímidas o vehementes, las pronunciaba en el momento preciso. Todo un personaje que no hablaba de carencias e insatisfacciones, no mencionaba los agobiantes conflictos cotidianos. Entonces pensé que no debía perder la oportunidad de intimar con alguien tan especial y tan desprejuiciado que no hacía preguntas ni proposiciones, y además, estaba dispuesto a escucharme fuera de los límites que imponían los horarios.

Primero tomamos un café. Después me convidó a probar un té hecho con las plantas medicinales de su balcón. Siempre me recibía con algún detalle. Y lo aceptaba pensando que cuando ya no tuviera nada, bastaría contemplarle en silencio como el penitente que hace votos ante su imagen preferida. Su presencia fue haciéndoseme indispensable.

Era tarde cuando le visité. Me extrañó verle entristecido.

-Tengo el gorrion de guardia –dijo- Recibí llamada y eso me deprime, no puedo evitarlo. En estos tiempos de familias divididas no me acostumbro a la ausencia.

Intenté consolarle palmeándole el hombro. Me conmovió verlo llorando contra mi pecho y tener su boca cercana, su aliento entrecruzándose con el mío, era más de lo que podía soportar. Intenté rechazarlo con un gesto, guardar distancia y que no pensara que me aprovechaba, pero no pude. Él no vaciló en acariciarme y me fui abandonando a lo que ocurriera. Sobraron las palabras. Ni siquiera pestañeé cuando sus labios mordieron los míos. Dejé que hiciera lo que deseaba. Fui devolviéndole, con más bríos, cada una de sus caricias. Estábamos excitados e incontrolables, pero yo tenía miedo. No quería ir más lejos. Me pidió que dejara volar la imaginación y me relajara. Sus manos, inquietas, iniciaron el recorrido, me apretaba con fuerza. Sentí un torbellino en mi cabeza. Comenzó a hablarme de protección, porque las enfermedades estaban a la orden. Entré obediente a su cama.

-Tócame -susurró al oído-. Lo que se piensa no se hace -el contacto tibio de su manos estremece hasta la más ínfima molécula de mi cuerpo- Respira profundo y suavízate- murmura mientras sus dedos pasan el ungüento por mi piel - Esta crema es divina. Hace milagros - con esa voz suave que me excita, pronuncia las palabras más temidas -Ya verás que no te dolerá.

Comencé a ceder, a experimentar sensaciones internas como si trituraran vidrios o mil brazas de candela quemaran mis entrañas. El grito se quebró entre los dientes, me contraje. Intenté decirle algo, pero sólo gemí. El movimiento cadencioso del principio se tornaba en frenético vaivén. Una rara emoción fue abriendo los caminos hacia el placer. Me apartó exhausto, sudoroso. Buscaba mi boca y me besaba con ternura desconocida en mí hasta ese momento.

Con gesto tímido alisé su pelo y fue quedándose dormido, mientras yo pensaba en lo que tendría que decir cuando me preguntaran dónde había estado. A veces las mentiras suelen complicar a las personas, y convertir lo simple en tragedia.

También me vinieron a la mente los honorables miembros del vecindario con sus miradas de reojo y murmuraciones. De todos modos nadie tenía por qué saberlo. Tendré suficiente valor para ocultar esta aventura.

La estrella de la fiesta

Serguei Martínez Castillo

Eran dieciséis pastillas y solo quería dormirme rápido, lo juro. Después dicen que me puse felicísimo. Que derramé dos vasos de cerveza en el vestido de Lexy, bailé con el novio de Ailin y fui la estrella de la fiesta, dicen. Pero yo no quería ser la estrella de la fiesta, ni siquiera quería estar en la fiesta, para empezar. Lo único que de verdad quería era dormirme rápido.

Para suicidarse hay que ser muy cobarde o muy valiente. Yo era muy cobarde; y cuando me acosté en la cama empujando el cuchillo para que atravesara un pulmón o algo, no pude; y cuando me lo pasé por la garganta lo hice suave y solo conseguí sacar un filo de humedad que no estoy muy seguro que fuera sangre. Más tarde, en la piscina, mientras todos armaban tremendo bullicio, conté hasta diez y luego hasta quince y luego hasta veintiséis, que es la edad que tengo, y aspiré agua; pero solo conseguí salir tosiendo a la superficie sin que nadie me preguntara qué me había pasado o algo. Entonces decidí dejar de intentar. Suicidarse es cuestión de valor, o decisión, no sé, pero yo no podía. Así que tomé dieciséis pastillas y las mezclé en un trago de ron.

Yo no me había enamorado nunca de nadie, no así, y fue terrible decirselo, porque tuve que decirselo. Cosas como esas no pueden retenerse por mucho tiempo. Así que lo llevé una noche, unos días después de haberlo conocido, a tomar par de tragos y a hablar de la vida y esas cosas, y se lo solté. Oye, le dije, siento algo por ti. Nada más le dije eso, que no fue poco, y él se quedó callado. Fue como si te enterraran algo filoso en las visceras y supieras que ese algo iba a estar ahí durante mucho tiempo. Yo nunca me había enamorado así, por qué tenía yo que enamorarme de él, habiendo fabulosas muchachas llamadas Adriana, o María o Belkis en esta ciudad. Me puso la mano en el hombro unos segundos que parecieron meses, y tampoco dijo nada y se fue. Luego yo también me fui, caminando por una calle larguísima de luces y casas que se repetían como una secuencia interminable. Después desperté en la casa de Lexy, con la lengua inflamada por la resaca.

En fin, que aquello era demasiado y tenía que hacer algo. Lexy siempre cargó conmigo en momentos como éste. Me amaba desde hacía mucho tiempo. Me acosté con ella un par de veces, salimos, me presentó a su padre, pero al final seguíamos siendo extraños. Se necesita algo más que querer.

Cuando desperté tirado en su cama dijo que me había encontrado en un banco de la calle República, y que con tremendo trabajo había logrado sacarme de allí. No sé por qué siempre que me emborrachaba terminaba allí, en el mismo sitio, enfrente de una tienda vieja y abandonada que algún tiempo atrás había sido una de las más elegantes de la ciudad. Después me dijo que recordara que ese día era la boda de Arturo y Danay, y que iba a estar buenísima. Nada más oír su nombre sentí aquello dentro, quemaba un poco, y tuve que ir al baño y vomité mucho.

De la casa de Lexy fui para la mía, me sentía pésimo, allí fue donde intenté con el cuchillo, pero ya saben. Luego me bañé y me vestí. Pasé por Lexy y fuimos a la fiesta. Para empezar, yo ni quería estar en la fiesta, pero sí quería; no quería ni mirarle a los ojos, pero cuando lo vi me cagué en la hora en que nació, coño. Yo nunca me había enamorado así. Por qué tenía yo que enamorarme así, de un hombre, y que además se había casado esa mañana. La boda era una cosa bien cara que habían organizado los padres de la novia en un motelito cerca de la ciudad. *Los Pinares*, se llamaba, y era un pedacito del paraíso dentro de aquella mierda de vida que llevaba todo el mundo. Primero, con una pompa tremenda que solo en las películas más dulces de Hollywood, Él y la esposa bailaron un tema romántico. Luego fue el desparpajo y las ruedas de casino y el reguetón.

Lexy no me soltaba ni un minuto, así que tuve que mandarla para la reverenda pinga, porque yo no podía llorar enfrente de nadie, ni siquiera de ella, que seguro estoy que no lo iba a comentar. Hay momentos que son buenos para seguir intentando, así que me puse la trusa y me metí en la piscina. El agua estaba fría. Yo solo quería estar lejos, y cerca, pero mejor lejos. Nadie en ese lugar maldito valía una conversación. No me importaba saber de los hijos de nadie, ni de la graduación del primer doctor de la familia de Danay, ni de la asquerosa borrachera de no sé quién. Así que me sumergí un rato en el agua helada, y me quedé ahí, como paralizado, todo el tiempo que pude. No sé si lo han intentado, pero a veces es maravilloso estar debajo del agua, es como si uno estuviera de vuelta, sin haber nacido, y si te tocas el ombligo hasta puedes sentir el cordón. El agua.

Anunciaron por el micrófono que todos debían ir a bañarse, refrescar y comer, que la fiesta seguiría por la noche, y salí de la piscina. Por supuesto que Lexy estaba esperándome en la habitación, con los ojos hechos una

mierda. Pero qué podía hacer yo. Seguí directo al baño y me senté una hora en la taza. Pensando, revolcándome el pelo, maldiciendo. Qué podía hacer yo por nadie en aquel momento. Entonces me acordé de las pastillas. Saqué un pomo de pastillas para la alergia que tenía en el pantalón, y sin pensarlo mucho me disparé un puñado garganta abajo. Primero comencé a sentir algo caliente, que cada vez ardía más. Entonces me puse a pensar que no le había dado muchas oportunidades, a él, quiero decir, de quererme también, y entre un cosa y la otra me volví una gallina y me metí el dedo hasta lo último y vomité todo en el inodoro. Desde afuera Lexy me preguntaba, nerviosa, si me sentía mal. Esperé un poco, a que pasara el buche amargo, y le dije que no, que algo no me había caído bien.

Era una mierda, ni para matarme era bueno. Ni para dejar que dos o tres pastillitas pasaran por mi sistema digestivo y provocaran quizás una muerte rápida, o lenta, que más da. Lo importante es que de ahí en adelante seguro no sentiría más nada, y que Arturo no sería para mí más que el pedazo de caja donde estaría enterrado, y que la cosa afilada que tenía en el estómago ya no iba a joder más.

Así que salí del baño y de la habitación y de Lexy. Me estuve un rato en un columpio que había, cogiendo fresco, y ahí fue cuando apareció Arturo. Y qué asere, me dijo, como si nada, con esa sonrisa que solo él; y yo le dije dos o tres boberías, porque qué más iba a hacer. Qué podía hacer por mí ni por nadie ese día terrible. Cuando se fue solo quise entonces una cosa, bastante simple, dormirme rápido y escapar de todo aquello. Eran solo dieciséis pastillas, las conté, y pensé que me iban a tumbar como una inyección para dormir caballos, cuando las ligara con un trago de ron. Pero todo lo contrario. Ahí fue cuando me puse contento dicen. Pero yo no quería ponerme contento, lo juro, quería dormir. Pero canté dicen, y bailé con el novio de Ailín, que es tremendo payaso, y derramé dos vasos de cerveza en el vestido de la pobre Lexy. Fui la estrella de la fiesta dicen. Al otro día cuando me levanté todo el mundo me miraba y se reía, y me decían *chócala*, y hasta me alzaron en hombros entre el novio de Ailín y otro ahí. Yo andaba con tremenda resaca y no sabía nada de lo que había pasado. Todo era terrible. La luz, que traspasaba sin misericordia mis gafas; el bullicio, los novios, su inevitable partida en un carro flamante a las diez de la mañana, la luz, todo. Eran solo dieciséis pastillas y solo quería dormirme. Lexy no me habló más dentro de todo aquel asunto. De regreso a la ciudad todos se dispersaron,

muertos en vida, como un grupo de turistas después de un verano feliz y caliente en alguna parte. Nadie se dijo adiós. La cabeza dolía duramente. Eran solo dieciséis pastillas. Lo juro, dieciséis.

Tendría que conformarme, no sé, hacer algo, o no hacer nada, no sé. Tendría que darme cuenta, llegar a la verdad, y cuál era, quién sabe.

Ahora estaba solo, y fue entonces que apareció, a mediodía, sin mucho prólogo en realidad, ecuánime, pulcra, la primera lágrima.

No sé porque siempre que me emborrachaba terminaba allí, sentado, como quien no tiene más nada que perder, en un banco de la calle República.

La extrema soledad de Tarquino Solano

Miguel Gámez Cuevas

La quietud de la noche siempre fraguaba en un momento absoluto en el que todo quedaba vacío, apacible y en calma. Acontecía de manera aún más notable en el aparcamiento del área de descanso para vehículos, junto a la autopista. Podía suceder a las dos de la madrugada, a las tres, o bien media hora más tarde. Cada noche seguía su curso particular. Era el momento en el que no se escuchaba ningún ruido en la autopista, ni motores, ni zumbidos, ni el efecto Doppler del claxon de algún automóvil, trazando a toda velocidad un rastro continuo, efímero e irrepetible, para dar paso al silencio total. Tarquino se había acostumbrado a no escuchar el sonido de las aves o los insectos nocturnos en aquel momento único en el que todo se ofuscaba y el mundo parecía acabarse. Después de la breve pausa en la que se le encogía el estómago, veía alejarse sus temores, sentía que no había llegado el fin de los días y la realidad volvía a perturbar aquella calma oscura con unas luces lejanas que poco a poco ganaban intensidad, trayendo consigo el inevitable traqueteo de un motor diésel, un tráiler articulado o una cubierta de plástico aleteando al viento leve de la noche estival.

Dentro del coche, Tarquino se acurrucaba en su asiento reclinable y esperaba. Aquel rumor del tráfico incesante era tranquilizador, como las olas del mar. Le arrullaba como una canción de cuna y así, al fin, se quedaba dormido. En ocasiones no había otros vehículos aparcados junto al suyo, y en toda la noche apenas se detenía ningún otro para hacerle compañía. Para él, el sexo esporádico con hombres, propio de lugares como aquel, era algo secundario.

Desde que había fallecido su mujer hacía seis meses, justo delante de sus ojos, no podía dormir por las noches. Y mucho menos en aquella cama matrimonial, doble, enorme, que aún olía a ella y a madera carcomida. La aborrecía. Prefería pasar las noches en una penosa duermevela dentro del coche, en el área de descanso junto a la autopista, donde era fácil cruzar unas palabras con algún desconocido y tener acceso a otras vidas, a otras distracciones, a algún abrazo ocasional o quizás a un beso esquivo. Y por qué no, a veces a entablar un poco de conversación postcoital, compartiendo el consabido cigarrillo.

Algunos ni siquiera le hablaban, no obstante Tarquino podía escribir su propia historia, imaginando las posibles respuestas a todas las preguntas que surgían en su cabeza. Escuchar se le daba bien, aunque quizás era hablar

lo que más le gustaba, y aparentar ser quien no era.

Su cuerpo ya no reaccionaba igual a los estímulos eróticos, y hacía tiempo que había pasado página en lo referente a la pura atracción física. La clase de hombres con los que antaño había soñado casi nunca aparecían, y si lo hacían, preferían otros más altos, más gruesos, más velludos o más jóvenes. Casi siempre alguna cualidad que él no tenía en exceso.

Sin embargo, las leyes no escritas de aquel lugar permitían bastante flexibilidad a la hora de comprender las necesidades y las exigencias de los demás trasnochadores. No había nada obligatorio, y al mismo tiempo todo estaba justificado.

Para algunos era parte de su trabajo, hombres comprometidos que iban y venían por pura rutina, viajando con tantas carencias afectivas que a veces desembocaban en verdaderas afecciones mentales. Necesitaban hacer una parada, bajar de su vehículo de empresa, simular cualquier urgencia fisiológica que excluyera la verdadera, por la que realmente se habían detenido allí.

La clásica pose de espaldas, por ejemplo, con las manos juntas en torno a la bragueta abierta y las piernas rectas y separadas sustituía el inexistente reguero de orina por un atisbo de masturbación, señal inequívoca de disponibilidad. Más aún cuando aquellas sacudidas del miembro se hacían más que persistentes, casi desesperadas. Un giro de cabeza, y el contacto visual refrendaba la invitación.

Tarquino no solía responder a aquellas provocaciones, a no ser que fuera un caso excepcional. Era el tipo de comportamiento egoísta que no daba mucha conversación.

Aquella noche, después de la pausa sobrenatural en la que hasta las estrellas habían dejado de titilar y parecían simples planetas, unos faros lejanos fueron describiendo el trayecto ya familiar en el espejo retrovisor de su coche, hasta que pudo observar que las luces se ralentizaban y enfilaban hacia el carril de deceleración, de entrada al área de descanso junto a la autopista donde él se encontraba. En su vida había visto detenerse vehículos de todas clases, y en el interior de muchos de ellos había tenido conversaciones

memorables con sus conductores. Por descontado, el sexo no había sido tan digno de mención en la mayoría de los casos.

En cambio aquel automóvil le sorprendió tanto, que la sensación de sopor propia de aquellas horas intempestivas se esfumó de repente. Pudo ver su forma majestuosa acercarse y aparcar a una distancia razonable, sin enfocar las luces con descaro hacia su coche, en la soledad del aparcamiento. El vehículo era de color negro, con los cristales tintados del mismo color y el triple de longitud que un turismo ordinario.

Tarquino se preguntó qué haría una limusina vintage a esas horas deteniéndose en un paraje como aquel, impropio para la vida de lujo que se les suponía a sus ocupantes. Enseguida empezó a fantasear con una posible explicación, pero todo quedó desmontado cuando vio abrirse una de las puertas traseras y salir del vehículo a un señor alto y delgado, de movimientos distinguidos, cuando no amanerados. Le pareció que llevaba capa y sombrero de copa, detalles fascinantes que le hicieron salir del coche y dejarse ver.

Fingió estirar la espalda, curvándose hacia atrás en un bostezo teatral. Las tres y treinta y tres de la madrugada. Al fin y al cabo, casi se acababa de despertar. Dio unos pasos, mirando con el rabillo del ojo al recién llegado mientras desahogaba la vejiga, con la precaución de saber que en el interior de la limusina habría, al menos, otra persona al volante. Fue el apuesto caballero quien le saludó sin esperarlo, rompiendo el código de conducta habitual de aquel lugar.

–¡Buenas noches! –dijo desde la distancia.

–O buenos días –contestó Tarquino–. En verano amanece tan pronto, que ya no se sabe si es demasiado tarde, o demasiado temprano.

El desconocido se acercó lentamente, con un ligero defecto al andar, apoyándose en un bastón. Sus modales refinados le llevaron hacia donde se encontraba Tarquino.

–No le ofrezco la mano porque he tenido una emergencia –se excusó–, y sin un servicio cerca no he podido lavarme las manos.

–No tiene importancia –rió Tarquino–, me doy por saludado.

–Además –añadió el recién llegado–, es mejor estrechar la mano

sólo cuando se hace un pacto, ¿no cree?

Tarquino se quedó mirando los rasgos del desconocido. A la luz de la luna se veían perfectamente y casi sintió un temblor. Los ojos claros, la nariz afilada y la boca enmarcada en una sutil perilla le daban una apariencia genuinamente masculina, con la barbilla hendida por un hoyuelo y el cuello ancho, bien instalado entre unos hombros fuertes.

–Me llamo Asmodeo –se presentó, con la voz de hombre más bella que había existido jamás.

–Oh, yo soy Tarquino Solano –contestó, intimidado por tanta formalidad, a la vez que por el hecho de que el recién llegado hubiese olvidado subirse la cremallera del pantalón después de orinar.

–No se preocupe –dijo Asmodeo–, lo he hecho a propósito, así se seca antes. Perdone la confidencia, pero es que odio que se me quede la punta mojada.

Tarquino sacó un paquete de pañuelos de papel y le ofreció uno. Asmodeo, sin apenas dudarlo, introdujo la mano derecha en su pantalón y sacó un pene largo y grueso, retirando la piel del glande y secándolo con la suave celulosa.

–¿Le gusta? –preguntó.

–Me encantaría tener uno así –confesó Tarquino.

El tal Asmodeo se arrodilló frente a él, sacó el pene flácido y pequeño de Tarquino y lo puso en su boca. A sus sesenta años, jamás habría imaginado poder sentir un placer tan intenso otra vez, durante apenas unos segundos. Asmodeo retiró los labios, y el miembro de Tarquino se había vuelto tan grande, duro y potente como el de un jovencuelo virginal. Casi no podía guardarlo en la tela del calzoncillo.

–Pues ya está. Es suyo –dijo aquel personaje intrigante–, si lo quiere.

–¿Cómo? ¿A cambio de qué?

Asmodeo sonrió y sus dientes ya no eran perfectos, era la dentadura envejecida de un hombre próximo a su jubilación. Se incorporó y, al amparo

de la siempre engañosa luz de la luna, el pícaro diablo ya no era tan alto ni tan atractivo.

–No se preocupe, no le voy a pedir su alma a cambio, ese demonio es otro. Sólo quiero que sucumba a la lujuria.

–¿A la lujuria? –se sorprendió Tarquino.

–Acabo de entregarle un cuerpo joven y hermoso –le recordó–, disfrútelo.

Tarquino se palpó los brazos y el abdomen. Jamás se había sentido tan lleno de vigor. Un escalofrío de placer le volvió a recorrer el cuerpo de arriba abajo.

–A no ser que quiera devolvérmelo.

–¿El qué? –dijo Tarquino, aún consternado.

–Su nuevo cuerpo, si no lo quiere. Es el cuerpo que siempre había soñado, así que ahora es usted la clase de hombre que todos desean. Sea por lujuria o sea por envidia, todos los demás le considerarán muy atractivo. No renuncie a ser el verdadero protagonista de su propia vida.

Tarquino aún estaba confuso. Se palpó la cara y notó un hoyuelo en su nueva barbilla prominente, y pelo cubriéndole la cabeza por completo. Acarició sus dientes con la lengua y comprobó que no le faltaba ninguno.

–Si esto es un sueño –dijo–, no quiero despertar.

–De acuerdo –repuso el demonio untuoso–, ¡sea!

Asmodeo le ofreció la mano y Tarquino se la estrechó. El pacto quedó sellado con el apretón de manos.

Sin mediar palabra, el ángel lúbrico se dio media vuelta y se marchó, llevándose con él los pellejos y podredumbres de la vejez. La limusina negra se puso en movimiento y el aparcamiento del área de servicio quedó desierto, a excepción del joven Tarquino.

Le sobrevino la necesidad urgente de practicar sexo sin compromiso. Se lo pedía cada pliegue de su piel, cada recoveco de su cuerpo. Era la hora y el lugar, sólo debía esperar a que se detuviera algún viajante con ganas

de pasar un buen rato. Sin embargo, la sangre le hervía en las sienas de tal manera que no pudo escuchar el silencio sepulcral que le rodeaba, ni advertir que las estrellas en el cielo no se diferenciaban de los planetas, o que ya no se acercaban vehículos a lo lejos, por la autopista. Las aves y los insectos nocturnos habían dejado de emitir sus sonidos habituales, y la brisa nocturna se había detenido.

Tarquino no supo si aquel vacío tenía lugar tarde por la noche o temprano por la mañana, sólo intentó llenarlo con historias de lujuria en su cabeza, que apenas dieron consuelo alguno a su extrema soledad.

Lo que queda cuando ya no queda nada

Alex Merino Aspiazu

Germán tenía el pelo blanco, un viejo revólver oxidado y ciento cuatro razones para morir. Ni una más, ni una menos, había revisado la lista esa misma mañana, como siempre hacía, y el número seguía siendo el mismo. Lo del pelo blanco no le importaba demasiado, a su edad conservar cierta cantidad ya era motivo de una relativa satisfacción. En cuanto al revólver, no tenía intención de utilizarlo, al menos no de momento, y aunque pretendiera emplearlo contra alguien o algo, no estaba completamente seguro de que funcionara adecuadamente. ¿Qué más tenía? ¡Ah, sí, también tenía recuerdos! Aunque la mayoría, ya fuera por dulces o por amargos, formaban parte de la lista de las ciento cuatro razones para morir.

Como cada mañana desde hacía dieciséis años, Germán se dirigió, con su pelo blanco, su revólver oxidado y sus ciento cuatro razones para morir, hacia el asilo de Santa Mónica, el único de carácter religioso que quedaba en la ciudad. Era un edificio antiguo, encantador, con unos jardines imponentes para que los residentes pudieran pasear. En esa tesitura, lo mismo daba que las monjas fueran mujercitas de lo más desagradables. “Las ofensas no duelen, o duelen menos, cuando se tienen vistas al jardín”, solía pensar Germán.

El motivo de sus visitas diarias al asilo no era su propio internamiento, aunque sus hijos presionaran desde hacía ya tiempo para que ingresara a toda costa. No, se negaba a dejarse pudrir en ese sitio. La razón por la que acudía cada mañana, puntual, a ese lugar, era Felipe. En cuanto veía a Germán entrar por la puerta, sus ojos se iluminaban y esbozaba a duras penas una sonrisa.

-Cariño mío - decía, apenas perceptible.

-Le confunde a usted con su mujer- le explicaba siempre, sin excepción, una monja medio obesa a Germán. -No rige muy bien, si entiende lo que le quiero decir. Tiene el cerebro hecho papilla.

A Germán le disgustaba tanto el comentario que se sentía tentado de ejercer ese derecho que implícitamente se le otorga a los viejos según el cual se les permite vociferar y blasfemar en alto cuando y cuanto quieran, pero al final siempre optaba por agachar la cabeza y no provocar ningún altercado.

Germán conducía entonces a Felipe en su silla de ruedas hasta un banco de piedra situado en el ala oeste del jardín y ahí le hablaba durante

horas, hasta que la monja obesa hacía su aparición para anunciar la hora de la comida, que equivalía en los dos hombres a la hora de la despedida. Hasta que esto sucedía, Germán le contaba historias, recuerdos del pasado, siempre los mismos:

Cómo se conocieron, hacía ya sesenta años, camino del colegio, en aquella mañana lluviosa y triste, menos triste cuando por primera vez se saludaron y Felipe le sonrió con esa sonrisa que aún esbozaba cuando lo veía entrar al asilo y le llamaba “Cariño mío”, aunque, claro, hace sesenta años no fue eso lo que le dijo. Cómo se hicieron inseparables y se prometieron nunca separarse el uno del otro, como tantos y tantos jóvenes hacen con cándida inocencia cuando descubren una amistad verdadera por primera vez, sin prever, sin sospechar siquiera, que la vida le depara a uno un futuro muy diferente al esperado, a veces mejor, casi siempre peor. Cómo iban al cine y cómo se reían con las películas de Fatty Arbuckle, que guardaba cierto parecido, por cierto, con la monja obesa del Santa Mónica (y cuando decía esto Felipe reía con la mirada). Cómo se las prometían felices, y luego tristes, y luego de nuevo felices, y cómo llegó la Guerra y definitivamente se las prometieron tristes.

Y cómo habían acabado luchando los dos en bandos diferentes, rodeados por un odio que dividía al país en dos. Cómo, llegado el caso, tenían órdenes de matar al otro, a su amigo, matar a lo único que en esta vida les importaba. Cómo llegó el día en el que Felipe acorraló a Germán en un callejón y desenfundó su revólver. Cómo Germán temió por su vida y se agazapó en el suelo contra la pared, y cómo su amigo le tendió la mano para ayudarle a levantarse y le regaló el revólver, ese revólver que aún conservaba, “para que defiendas tu vida, porque si tú mueres, moriré yo”.

Y cómo la guerra terminó y hubo quien perdió y quien perdió aún más. Y Felipe se casó con la hija de su coronel, y Germán hizo lo propio con la hija de unos amigos de la familia. Y los dos amigos apenas volvieron a verse, pero nunca dejaron de pensarse. Germán sacaba brillo cada noche a su revólver y se preguntaba cómo era posible que un arma de fuego encerrara en sí un amor tan profundo.

Esa mañana, como desde hacía dieciséis años, Germán se dirigió con su pelo blanco, su revólver oxidado y sus ciento cuatro razones para morir,

hacia el asilo de Santa Mónica, el único de carácter religioso que quedaba en la ciudad. Mucho había llovido desde sus primeros paseos al colegio, aunque no lo suficiente para que la lluvia hubiera arrastrado consigo el sentimiento, puro y tierno, del primer amor.

-Cariño mío -dijo esforzadamente Felipe, postrado en su silla.

-Lo confunde a usted con su mujer...- explicó la monja obesa, como siempre hacía.

Pero esa mañana Germán no se contuvo. A punto estuvo de sacar el revólver del bolsillo y, Dios lo perdonara, cometer alguna barbaridad. Afortunadamente pudo contenerse a tiempo y se limitó a contestar a la monja.

-No, hermana, qué va. No me confunde con nadie.

Noche cerrada

Montserrat Fillol Ferrin

Tranquila, nadie dijo que sería fácil. Nadie, lo entiendes. Y si no lo entiendes da igual en esta oscuridad tan grande, ya no importa. Te acuerdas que te lo advertí. Seguramente no. Seguramente, ni lo pensaste. Ni pensaste que la frontera o muro para nosotras está más cerca. Y ahora me veo obligada a llevarte al hospital. Sé que me escuchas, que no estás muerta, y que igualmente podrías ayudarme un poco más a decirme quiénes lo hicieron. Aunque puedo imaginármelo. Pero no me importa, ya sabes que soy fuerte. Tan fuerte como la noche. No sé por qué la vida tiene que ser tan difícil para nosotras. ¿Por qué tiene que marcar así el lugar donde naces o un papel, un nombre, una vagina o la ausencia de ella? Qué más da Cuba, Nigeria, el Congo o Bangladesh. Acaso aquí el papel ha importado algo, acaso importa algo que la gente coma, sude o mee sin poder decir lo que piensan, por qué entonces va a importar cómo te quiero, te quise o te querré. ¿Por qué? Recuerdo que me dijiste que nos estaban vigilando desde hace días, que tendríamos que irnos tarde o temprano, que seríamos castigadas por habernos mostrado tan descaradamente, tan descarnadamente. Parece mentira, acaso aquí no somos todos iguales, te pregunté. No, claro que no. No somos iguales, me respondiste sin titubeos. Tú acaso ves a dos transexuales como nosotras dirigiendo el Ministerio de Cultura, acaso las ves, acaso nos ves en alguna parte. En la tele, en anuncios, como cajeras de un banco o en un supermercado, me dijiste con ese tono tuyo tan sincero y a la vez que llega al alma. No, claro que no estamos, te dije. Somos invisibles. Bueno sí, me acordé, que sí estamos en las esquinas de la calle mayor, allí cuando la noche se hace más negra, ahí sí que estamos. Alguien que pasa nos dice qué guapas, o qué altas, o qué bien vestidas, o qué tetas. Seguramente hasta piensan que estamos ahí por puro gusto, por puro vicio. Pues no, te digo y me repites, pues claro que no. Pero el hambre es así.

No te creí cuando, en ningún caso pensé que serían capaces de hacer lo que han hecho con nuestra casa y con nuestras cosas. Y escribir las palabras, ¡Fuera maricones! en los espejos del baño y de la habitación. ¿Maricones? si nunca hemos sido eso, ni nada parecido.

Te debo una disculpa. Cuando despiertes será lo primero que haga. Ahora que estamos llegando al hospital. Ahora entiendo cuando dicen que el tiempo puede ser eterno, y que la vida te puede pasar en un segundo. A mí me ha pasado toda la vida contigo en un segundo. Un chispazo de felicidad

que ha hecho saber cuánto me importas. Creo que me importas mucho antes de haber nacido. Mucho antes incluso de existir. Me importa cada poro de tu cuerpo. No sabes lo que daría por escucharte cantar de nuevo esa estúpida canción americana en la ducha. I will survive, eso precisamente es lo que debes hacer ahora, sobrevivir. Sobrevivir para demostrarles a todos que estas vivo, y que no eres menos que nadie por quererme. Pero sé lo que me vas a decir. Lo sé exactamente. Que el cementerio está lleno de héroes anónimos, y que no quieres ser uno más. Que ya está bien de escondernos en esta esquina del mundo, que no vale la pena luchar en las sombras. Ya sé, que una vez que abras los ojos, será para decirme que nos vamos, que haga las maletas, que no merecemos estar así. Y yo asentiré con los ojos cerrados, sin saber a dónde ir, que tienes razón, que hay que irse, cuanto más lejos mejor.

Te diré entonces que le escribí a Antonia de Madrid, y que me dijo que teníamos dónde llegar. Ya sabes que ella se fue hace años; ahora canta boleros en bares de ambiente. Te acuerdas de cómo cantaba. Nada que ver contigo. Nada. Tú podrías llegar tan lejos, y mira cómo te han dejado. Si al menos hubiera llegado un poco antes. Pero claro, no lo pensé y me retrasé. Andaba despreocupada como sabes, contenta y enamorada. Cuando vuelvas a sonreírme y a mirarme como sólo tú sabes hacerlo. Todavía tengo tu olor impregnado en la piel. Olor a piedras de río, olor de aguas salobres. Un olor que no puedo definir, pero que puedo distinguir donde quiera que estés. Le diré a Antonia que nos quedaremos poco tiempo, lo haré antes de que despiertes. La llamaré desde el celular de Marion, ya sabes que para ella todo es fácil en esta isla de mierda. Incluso escribir ese blog endemoniado donde habla de nosotras, y cacarea nuestra vida a los siete vientos. A ti y a mí no nos importa que aire que somos así. Y que los sepan los del buró ruso, cubano, guineano o africano. Tanto “ismo” para qué, me decías todo el día. Tanto “ismo” que se convierte en eso que tú y yo conocemos. Un muro silencioso que no nos permite cruzar ni el mar, ni algunos días llegar a la esquina. A la esquina de siempre a ofrecer nuestro tesoro por dos billetes descoloridos. Oye, ya sabes que allí en Madrid, al celular le llaman móvil, y a nosotras, transexuales. Y eso nos servirá de algo, mi amor. Quizás sí, al menos podemos empezar por tener un nombre, un género, un derecho y un revés. Aquí todo tiene nombre de fruta menos tú y yo. Ahora que te miro así con tu cara deshecha, me parece que siempre fuiste para mí todas las frutas. Y yo sé que para ti, yo era simplemente tu niña. De todas maneras te diré que a nadie le permitía llamarme así. Tan sólo a ti y a mi madre, que lo sabía todo de

mí antes incluso de que naciera. Espero que despiertes para contártelo todo, y que sepas que esta vez será la última, la última. Se me acerca Marion con el celular, y tengo que dejarte. Desde el otro lado una voz oceánica me grita: Querida, mal momento para cruzar el charco. Ahora tenemos derechos pero no trabajo. Me sale con la excusa de que claro que tiene las puertas abiertas, pero que hay que pensarse bien lo de los papeles. Le digo que entonces nada, que gracias de todas maneras por el ofrecimiento. Y entonces, ya sé que no nos queda otra que seguir aquí juntas, peleando por mantener la esquina, como dos leonas en celo.

Noche de ronda

Benito Pastoriza Iyodo

Me miro ante el espejo y descubro un rostro que no conozco. ¿Cómo fue posible que toda esa elaborada belleza haya desaparecido en el transcurso de una noche? Con espanto crítico se revelan ante mí unas ojeras azules y profundas que enmarcan estos ojos de pájaro azorado. El fino delineador, el rímel, la sombra azul, todo se ha vuelto un charco de colores oscuros, donde apenas se asoman unos ojos lagrimosos invadidos de capilares rojos a punto de estallar. El labio inferior, descolorido y seco, me tiembla con la rapidez de aquél que sufre escalofríos en invierno. Trato de morderlo para apaciguar el llanto, pero en vano el intento, porque el sollozo se revienta en mi boca, dando alaridos que no puedo contener.

En esta desesperante angustia, quiero agarrarme de los cabellos y tirar de ellos hasta sangrar, pero me desenmascaro con la verdad de que la frondosa cabellera de anoche es ahora una peluca entre mis manos y la prematura calvicie muestra estas cejas despintadas, donde el sudor ha surcado canales que llegan hasta las mejillas hinchadas. ¿Cómo es posible este esperpento, si anoche fui la envidia de las amigas, el centro de todos los cumplidos? Y ahora heme aquí, más atropellada que víctima de incendio, terremoto, huracán o todo combinado, adolorida, arrastrada hasta este infernal espejo donde arreglo cuentas conmigo misma, con la vida, donde veo esta cara que rehúso mirar y me niego a sentir este cuerpo tajado de cicatrices recientes, golpeado y apaleado como si la muerte lo esperase a la vuelta de la esquina.

¿Dónde estoy yo, Maritza, la siempre bella, la perfumada, la dueña de la esquina y la noche? Te busco en este maldito espejo y no te encuentro, te desmaquillo y no estás ahí, sólo veo este espantapájaros de ser, esta sombra de sombras que no es Maritza de la noche. Y voy urdiendo en la memoria hasta recordar el mundo que construí, esa verdad que habíamos creado para poder sobrevivir.

Todo comenzaba con el régimen de nuestra estética, aquello que nos hacía bellas, espléndidas, listas para la nocturna ronda. A la hora de ponernos el maquillaje siempre nos divertíamos mucho la Lucy y yo. Ella más negra que la noche, le daba con pintarse con afeites de niña blanca, de tonos rosados como si fuera de quinceañera. Yo, lógico, le recriminaba que se dejara de complejos, que íbamos a putear, no a desfilar en Casa España. Ella se hacía la tonta y continuaba sombreándose con su pink translucet

eyeshadow. Se colocaba todas las cremas y polvos con el delicado esmero de una cosmetóloga profesional mientras cantaba rancheras a lo Rocío Dúrcal. Después de una ardua hora frente al espejo, quedaba yo regia, como para levantar el primer macho que se me cruzara en el camino. Pero no, me tenía que revestir de paciencia y remover la falsa máscara blanca de Lucy para transformarla en una diosa africana. Ella sí que era toda una mujer. En cuestión de minutos y con poco maquillaje se vislumbraba la diferencia inmediatamente.

-Condená, tú sí que naciste para ser mujer. Con esa carita de ángel y ese cuerpo de guitarra no hay mujer que se te pare al lado. Papá Dios se equivocó solamente en el pipí. Y ahora que tu raza está de moda...no joda.

-Ay querida, pero si el color no me ayuda. . .

-No seas pendeja. ¿Para qué tú quieres ser blanca? A ver... Si las blancas nos arrugamos más rápido que una pasa y a la primera enfermedad que nos da, parece que nos llevó la muerte. Tu tranquila con la cuestión del color, que tú siempre eres la primera en hacer el levante, con que tranquila, ¿ok?

Aquellos vestidos que vimos en **ELLE** y que luego nosotras mismas confeccionamos resultaron perfectos. Mi querida Lucy, siempre soñaste con vestir de vampiresa inocente y aquel conjunto negro se ceñía a tu esbelto cuerpo de guitarra como una segunda piel. Qué clase, qué estilo tenías al caminar. Bien que parecías un cisne flotando en un lago tranquilo de algún país exótico. Esa blusa transparente marcaba hermosamente los senos que habíamos diseñado. La falda tomaba las curvas de tus levantadas nalgas, para mostrar unas caderas que gritaban que querían ser acariciadas.

Yo, en cambio, la desgraciada, no había nacido con la bendición de tu cuerpo. Mi estructura ósea masculina me delataba a leguas, por lo tanto había que camuflarlo con mucha tela suelta, cosa que el enfoque quedara siempre dirigido a mi obra de arte, a esta cara de mujer pintada con el más diestro pincel.

Cada ceja que nos dibujábamos, cada prenda que vestíamos nos acercaba más al sexo tan admirado. Nuestras voces cambiaban, la dicción se nos tornaba perfecta y los gestos femeninos surgían con una naturalidad que ningún hombre se podía resistir a ellos. Nos mirábamos al espejo y sin lugar

a dudas quedábamos convencidas de que éramos mujeres. Tú la exquisita modelo de revista y yo la impactante mujer de cosméticos.

El taxista que nos recogió en la esquina no quitaba la mirada del retrovisor. Te comía con los ojos y tú tan distante como siempre, conocedora de que poseías la belleza que embrujaba los hombres, no te dignabas en echarle ni siquiera un ojito. Él se mojaba los labios, se los mordía, suspiraba, todo esto sin que se registrara en tu mirada de diosa intocable. Al bajarnos rehusó aceptar el pago por el uso. En ese preciso momento, como estratagema bien planeada, le soplaste un beso al aire, que el muy pendejo recibió como si fuera enviado por el cielo.

-¿Qué carajo tú les haces a los hombres, amiga?

-Nada niña. Les brindo mucho silencio, misterio y creo la ilusión, la fantasía de que existo bella, pero no soy de ellos.

-Y si te descubren. . .

-Los hombres son unos pendejos y se les engaña fácilmente.

Cuando entramos al club la música estaba encendida. El son cubano se había apoderado del ambiente para darle al lugar un toque extravagantemente tropical. Estaban las caderas que no se podían contener. El roce suave de los cuerpos incitaba al baile, al cachondeo. Se bailaba el baile de la losa sencilla. Cuatro piernas bien entrenzadas se movían despacito dentro del pequeño espacio cuadrado. La flauta y las maracas marcaban la clave, mientras las congas raspaban el aire. Sudaban las pieles soltando unas fragancias de perfumes bien cotizados, se cuajaba el aroma del sexo tamizado por el buen oler. El agua ardiente se hacía sentir en las carcajadas, en los labios mojados que regalaban besos por doquier. El lugar no era para aplatanarse, aquí se vivía la intensidad del momento. El desesperante deseo de manifestarse en cuerpo y alma era la orden del día. Y tú tranquila, como si no estuvieras incluida en la lujuria de la noche, como si aquello no pasara por tu lado.

El guapetón de Mario te echó el ojo desde que hicimos la entrada. El muy zorro hacía un par de meses que te venía tirando el lazo y tú tan indiferente como siempre. Sus ojos azules dormilones enloquecían a las competidoras, las pobres suspiraban como tontas adolescentes al verlo pasar. El condenado sabía como acariciarse el cabello rubio ondulado, dar la media vuelta, flexionar los músculos y seguir la pasarela exhibiendo su traje

italiano al estilo Armani. Todo ese despliegue para su Lucy. El pobrecito empeñado en su diosa africana, que le diría cosas tan dulces como -guacarnaraya guateque guateso, ay amor te voy sintiendo ya la o-. Pero todo esto te colmaba de tal aburrimiento que hasta en la cara se te veía el deseo de salir corriendo. Aquí no se daba el juego que tú querías. El adivina, adivínalo más, para ver si sabes con quién te acostarás.

-Ya vámonos que estoy harta de estar aquí.

-Pero chica, ¿qué te pasa si apenas llegamos?

-Esto me aburre mujer, acá todos saben lo que somos. No hay intriga ni misterio. Estos son unos machos a medias que se quieren comer el cuento de que se acuestan con una mujer, pero saben muy bien que tenemos el coso que nos delata. En este lugar no se ha seducido a nadie. Vámonos a conocer los hombres de verdad, los que realmente se crean esta fantasía que hemos elaborado. Ya después que prueben un poco, no dan marcha atrás.

Siempre terminábamos en esto, tu juego, tu deseo de querer ser aceptada por lo que en el fondo no eras y pretendías ser. Porque ya te habías creído el cambio y vivías en otro cuerpo, en esa fantasía de la fisonomía creada. Y yo como siempre la insegura, la fácil de complacer, la acomplejada, que por ganarme tu estimación te seguía hasta el fondo de la barranca. Hasta hallar el porqué de nuestro peregrinaje por la noche.

Nos fuimos del club y comenzamos a ondular caderas. Caminamos seis o siete pasos cuando se detuvo ante nosotras uno de tus admiradores, el taxista, el devorador de tu mirada. El chófer se había conseguido un amigo que no estaba del todo mal y ahora nos invitaban a subir al carro. Aquello para tí era fantasía mayor, hacer el amor con un taxista que te acortejaba como si fueras mujer irresistible. Lógico que ya te venía esperando, el tipo había leído bien la señal que le diste cuando le lanzaste aquel beso aéreo que esperaba su llegada y ahora aterrizaba aquí en tu mirada. Esta gente no come cuento, te dicen exactamente lo que piensan, sin tapujos, sin la menor consideración de que se están dirigiendo a unas damas.

-Mamita chula, preciosa, ¿damos un paseo por el parque? Mira que la noche está como para chupárselas todas. No me ponga esa cara de ofendida y aquí el que sufre soy yo, porque huelo canela, pero no como canela.

-Por lo visto, Maritza, el taxista tiene lengua y habla, porque en el

taxi no dijo ni pío.

-No sólo tengo lengua, sino que la sé usar como a tí te gusta mi reina.

-Y tú, ¿qué sabes lo que me gusta a mí?

-A ver, súbete, mi belleza, y lo descubro.

El hombre dio en el clavo cuando dijo la palabra descubro, porque precisamente ese era tu mundo cubrir y descubrir para agrandar con la sorpresa o aterrorizarse con la verdad. Seguir con tu juego, ese era el plan, porque en todo caso la vida era jugarse las cartas y en eso resultábamos expertas. El deseo de subirte al auto se notó de inmediato. Comenzaste a frotar la manija delicadamente como tentando la idea, hasta que por fin tiraste de ella y nos subimos al coche. El taxista se conocía a perfección la zona y en menos de media hora estábamos en uno de los parques más remotos de la ciudad. Allí todo era oscuridad y de un silencio que espantaba muertos. Estacionó el auto entre los arbustos y casi al unísono, los dos se lanzaron sobre nosotras con un apetito devorador.

Harto nos conocíamos el cuento, querían ir directamente al epicentro de la acción, a la ranura del deleite femenino, pero eso nos delataría, pondría fin a nuestro secreto juego. Para aquél entonces, ya hacía tres meses que veníamos inyectándonos las hormonas, por lo tanto muchos eran los placeres que podríamos brindar antes de descubrir el secreto. El plan siempre era el mismo, dirigirlos lentamente por el camino del eros, paso a paso, hasta culminar en la entrega total, si era aceptada. Los largos y profundos besos, las apasionadas caricias, eran el preámbulo que los llevaría a chupar con fuerza los delicados senos.

El taxista y su compañero se acoplaron al momento, se dejaron llevar por nuestras diestras manos que los guiaban como ciegos, ya la prisa no existía, pero el calor iba en aumento. Poco a poco nos desvestían mientras mordían, besaban, apretaban todo aquel cuerpo que se les entregaba femeninamente. Noté que Lucy se apresuraba, que algo la sacaba del camino estudiado. Su acompañante se le alteraba, colocaba con tesón su miembro erecto entre las piernas de mi amiga, exigía prontitud en el acto. Ella para socorrerse del momento, se arrodilló ante él, sacó su enorme e incandescente hierro y comenzó a mamarlo para apaciguar la demanda de su taxista.

La situación comenzó a empeorar. Mientras el taxista se dejaba complacer, noté como con insistencia buscaba la vulva de Lucy y ella se esquivaba, le buscaba la vuelta para que él no diera con lo que él tanto apetecía. Esa noche mi amiga se había forrado herméticamente su carga de hombre con cinta adhesiva. Llevaba su ínfimo bulto masculino apretado entre las piernas, casi aplastado contra su piel, de manera que al tocar por esa región sólo se podía sentir si acaso una leve protuberancia.

Lucy no contó con la fuerza inesperada que de repente mostró su hombre. En cuestión de segundos le echó una llave y seguidamente le abrió las piernas con la invasión de las suyas. Al quedar completamente expuesta, buscó con desesperación la apertura que tanto se le negaba. Cuando palpó con su enorme pene el pequeño paquete adherido a la piel de su vencida, el rostro le cambió de expresión, se consternó la mirada y con una fuerza brutal tiró de la cinta exponiendo al aire los genitales colgantes de mi amiga.

Sin darle tiempo a que ella se preparara, comenzó a darle puñetazos en la cara, a sacarle sangre por los ojos y la boca mientras le gritaba sin parar, -maricón de mierda, ésta me la pagas con tu vida-. Después que se cansó de pegarle, sacó de la guantera un cuchillo y con la misma rabia renovada le enterró el puñal en el pecho repetidas veces hasta sacarle su último grito de vida. Todo esto ocurrió como un relámpago. Yo había quedado paralizada, inmóvil, sin saber que hacer ante aquel horror inesperado.

Todavía quedaba yo, y el amigo se sentía obligado de mostrar su machismo y camaradería con el cuate deshonorado. Me susurró al oído, -no me cuesta más remedio nene- y esto me lo decía porque nosotros nos habíamos sentido, él sabía muy bien en lo que se había metido y estaba dispuesto a seguir hasta lo último si no hubiese sido por la desaprobación de su amigo. Había que probarse, era la ley de la vida. Sacó de su bolsillo una manopla y comenzaron los golpes dirigidos al vientre que lentamente iban subiendo hasta llegar a mi cara, como tortura lenta de que había que deformar aquello que tan fácilmente lo sedujo. En sus ojos se le notaba una tristeza que no iba a la par con la paliza que vaciaba en mi cuerpo. Lo nuestro había sido distinto. En el silencio de las caricias habíamos develado nuestras verdades, el gusto por lo que él conocía prohibido, pero no obstante gustaba de ello. Mis gritos y llantos, la sangre derramada, ayudaron a convencer al taxista de la hombría de su amigo.

-Estos hay que dejarlos tirados en carretera abierta para que el tráfico termine con ellos- propuso el taxista.

-Mejor a éste lo dejamos aquí para que no se levante la sospecha.

Me miro en este espejo y aún puedo ver los coches pasando sobre tu cuerpo. Vacía de toda vida los parachoques te lanzaban de un lado a otro de la carretera como bola desinflada, sin el menor indicio de detenerse para recoger el bagazo humano que rodaba por el asfalto. Cuando me recuperé del desmayo, ya tu cadáver había desaparecido, no sé si por el tanto rodar o por algún alma que se apiadó de aquel horrible espectáculo.

Intento quitarme este maquillaje que se ha incrustado en mis heridas, pero sólo logro causar más dolor a esta piel ya deformada. Este infernal espejo es el asesino de mi alma que me sigue recordando la deformación de mi rostro, del recuerdo de una belleza inventada. Te voy buscando en este reflejo mi querida Lucy, pero las coordenadas de tus ojos se me escapan y sólo logro escuchar esta caja ruidosa que me anuncia tu muerte, tu descalabro por la vida, -homosexual travesti muere atropellado por un auto- es todo lo que se oye. Me miro en este espejo para traspasar esta nada que no veo y quedo fragmentada, rota en mil pedazos, buscando los restos para construir tu mirada.

Pacto de convivencia

Catalina Ángela Rotunno

Era generoso, leal, divertido, el compañero ideal para cualquier encuentro. Nadie había podido descubrir los paréntesis en los que se sentía vulnerable y atormentado: ocultaba hábilmente esos sentimientos detrás de una mirada esmerilada y engañosamente atenta.

Eduardo Zannone había sido el primero de su grupo en recibirse de economista cuando tenía solamente veintidós años. Obtuvo el título y al mismo tiempo la posesión de los bienes que su abuela materna había dejado con una condición: debía recibirlos cuando ya hubiera terminado una carrera universitaria. La abuela sabía que Eduardo iba a terminar fácilmente cualquier carrera, pero había querido asegurarse de que su querido nieto no recibiera una fortuna antes de tener alguna experiencia para manejarla. Él todavía recordaba con nostalgia las noches de su niñez en la casona de Palermo Viejo. Memé, como él llamaba a su abuela, le contaba historias mágicas, únicas, irrepetibles que lo llevaban a mundos lejanos, libres, donde todo era posible. Cuando recibió su herencia y visitó la vieja casona, supo que deseaba vivir allí, al alcance del recuerdo de la voz de Memé. Antes de mudarse la hizo restaurar por un arquitecto que hizo un trabajo notable. Sus amigos pudieron apreciarlo durante la fiesta con la que inició su vida en la casa. Sobre todo le importó escuchar la aprobación de su mejor amigo: Andrés.

Ya instalado en Palermo Viejo se dedicó a buscar trabajo enviando su currículum a empresas importantes. De una de ellas lo llamaron y le hicieron tres entrevistas preliminares. Dos semanas más tarde era subgerente del Departamento de Finanzas de la organización. Recién entonces se preocupó, recordando que Andrés, el único hombre que conocía las turbulencias de su mundo interno, le había aconsejado vivir de rentas, como hacía él, libre de las imposiciones del mundo empresario. Él había pensado que su amigo exageraba, pero durante la última entrevista en la empresa le habían preguntado si no pensaba casarse. Eso favorecería una carrera exitosa entre nosotros, le habían dicho. Quiso discutir esas “sugerencias” con Andrés porque dar ese paso le daba bastante temor. Te están pidiendo una fachada, tendrás que decidir si querés construirla, le dijo Andrés. No es imposible pero es cuestión de estar siempre alerta.

A Eduardo le dolió que hablara con el tono despreocupado de quien aconseja la forma de tomar la raqueta para obtener un mejor tiro.

Construir una fachada. Eduardo pensó, quiso pensar, que sería mejor someterse del todo a las nuevas circunstancias. Eso implicaba alejarse de Ella, una mujer inaceptable en su entorno social y que por esa razón había mantenido cuidadosamente oculta. Solamente Andrés la conocía y él jamás revelaría su existencia. Decidió jugarse y al poco tiempo, se puso de novio con Valeria, una muchacha de figura inigualable que, durante el último año, había liderado el ranking de “minas más codiciadas” entre sus amigos. Un año más tarde se casaron en la Iglesia del Pilar con una gran fiesta en la que estuvieron presentes sus relaciones de trabajo, parientes y amigos.

Todos le desearon felicidades pensando que ese deseo era innecesario, el destino de Eduardo era el de un hombre feliz. Durante la luna de miel Eduardo imaginó que Valeria podría redimirlo, salvarlo del intenso conflicto que tenía con Ella quien, hasta ese momento, siempre había logrado someterlo a su voluntad. Pasaron meses durante los cuales consiguió reprimir el deseo de ir a su encuentro. Pero cada vez, mantenerse lejos, se le hacía más difícil, más doloroso. Todas las noches, para darse ánimo, contaba los días que llevaba sin someterse a su tiranía y apenas lograba dormir con un sueño inquieto. Llegó un momento en el que casi no podía dormir y las ojeras se marcaron tan oscuras y profundas que tuvo que ponerse anteojos para evitar preguntas indiscretas. Más tarde comenzó a distraerse en el trabajo hasta llegar al punto de ser ineficiente ante la mirada asombrada de los que lo habían considerado casi genial. De noche, cuando lograba dormir se despertaba gritando, agitado, con las manos alrededor de su propio cuello, mientras Valeria lo miraba asustada, sin saber cómo ayudarlo. A su alrededor, todos se preocuparon y le sugirieron que consultara con un psiquiatra. Mientras tanto Ella, adivinándolo vulnerable, lo llamaba, una, dos, mil veces hasta trastornarlo. Lo azuzaba diciéndole que dejara de hacer el amor con Valeria. Querido, susurraba, me espanta pensarlos tan higiénicos, prolijos, tan patéticamente correctos, tan convencionales. Lo provocaba con gestos obscenos haciendo gala de sus perversiones y le recordaba palabras de un poema que él solía recitarle al oído cuando hacían el amor: “*mi bisvidita te ando, si, te tato y topo y te arpo*”.

Cuando escuchó esas palabras supo que ya no podía resistirse. Entonces, le propuso un pacto de convivencia: la iba a llevar a Necochea una semana cada dos meses. Una semana de felicidad en la mansión que Andrés tiene en Necochea. Andrés era un dueño de casa genial, un gourmet que podía

financiarse los gustos, un exquisito. Amaba la música, improvisaba durante horas en el piano sobre temas clásicos o de Jazz. Podía cantar arias de ópera con una hermosa voz de barítono mientras exhibía su perfil de estatua griega. No en vano estaba siempre rodeado de amigos.

Muy temprano, Valeria viajó a Miami por una semana. Le encantaba la ciudad y hacer compras. Eduardo tenía organizado el viaje a Necochea con Ella que estaba al tanto de los detalles: Andrés pasaría a buscarla con su cuatro por cuatro a las 14 horas.

Eduardo atendió algunos asuntos importantes relacionados a la evolución de inversiones, dejó instrucciones a su secretaria y salió sintiéndose alegre porque a cada paso iba alejándose del mundo financiero en el que había triunfado y acercándose a Ella. Tomó un taxi hasta su departamento que recordaba con cortinas de gasa, almohadones, muchas plantas con flores, colores alegres. Entró con un juego de llaves de Ella, quien seguramente estaría por llegar. Colgó el sobretodo y el saco de Armani, dejó el portafolio de cuero en el placard. Se dio tiempo para disfrutar de la ducha y pasarse crema humectante por el cuerpo. Mientras se le secaba el pelo, recorrió lentamente, con mirada experta, los modelos únicos, de telas muy hermosas colgados en el guardarropa de Ella. Tomó entre las manos los cosméticos de marcas internacionales. Los abrió, los olió. El perfume de Ella fue instalándose bajo su piel.

Entonces se maquilló, se puso el vestido de mohair color arena, las botas de carpincho, un abrigo de gamuza y lana. Preparó la valija y esperó hasta que a las 14 horas escuchó la voz de Andrés llamándola a través del portero eléctrico.

Una canción para Mónica

Juan Pedro Carmona Fernández

Hoy te has vuelto a dejar caer por la tienda. Hacía un par de días que no lo hacías, pero hoy, cuando te he visto aparecer por la puerta, me has alegrado la mañana.

Te he seguido con la mirada mientras atendía a un par de chicas, te he buscado mientras colocaba el montón de ropa del probador y tú intentabas decidirte entre un pantalón vaquero o un jersey de punto. Te has escabullido entre los percheros, has pasado al probador, a mi lado. Te he dado los buenos días, y me he sentido ridícula porque has apartado los ojos; ni te has fijado en mí. No te diré jamás si he llorado, no lo sabrás. Dejémoslo.

Para animarme un poco, me he acercado con disimulo al equipo de música y he programado la siguiente canción. Al cabo de un par de minutos a empezado a sonar *Je suis une fille parisienne*, nuestra canción. Y digo nuestra canción, porque fue la que sonaba en el hilo musical de la tienda la primera vez que te ví entrar.

Después de un rato dándole vueltas a un par de vestidos, no logras decidirte por ninguno y finalmente desapareces por la puerta. Yo, sigo pensando en ti.

Al salir del trabajo tarareo nuestra canción y entro un momento en una papelería para comprar un cuaderno. Es muy bonito pues tiene una cubierta de color rosa con una pequeña vaquita con expresión divertida dibujada en ella.

He decidido escribir sobre ti. ¡Es un cuaderno muy gordo!, pero, ay, tengo tantas cosas que contar. Contarte. Porque muchas no las escucharás nunca, no saldrán jamás de mi boca. Es lo que tiene el miedo, que nos hace sentir débiles ante el fracaso. Ridículos.

Me conformo con verte cada día. Un rato, no soy egoísta. Verte pasear entre jerseys, entre pantalones, o rodeada de un arco iris de camisetas. Mientras en el hilo musical suena...

*Je suis une fille parisienne
grande et mince comme la Tour Eiffel.*

He llegado a casa. Corriendo me he lanzado a escribir estas palabras; no quiero perder ningún recuerdo tuyo. Abrazada a estas páginas, a los delirios que me provocas; me he dejado vencer por el sueño.

* * *

He llegado del almuerzo junto con algunas de mis compañeras, y te he encontrado de frente al entrar.

Estabas preciosa, como cada mañana. Llevabas sobre la solapa de tu chaqueta, un pequeño broche de fieltro con forma de corazón. Me ha hecho sonreír.

Luego, has seguido la rutina de los días anteriores, mirando ropa y probándotela en el probador. De repente, me he dado cuenta de que estábamos en el mismo pasillo. He levantado la mirada de lo que tenía entre manos; tu has desviado la tuya de la camiseta que estabas mirando, y me has sonreído. He escapado a hacer otra cosa mientras sentía como la cara me enrojecía de vergüenza.

Luego, cuando me he relajado y mi rostro ha vuelto a su color natural; tú ya no estabas.

* * *

Han pasado tres días desde la última vez; por eso me ha sorprendido volver a verte allí, con tu original broche en forma de corazón prendido de tu abrigo.

Has mirado por encima un par de cosas, y de pronto he escuchado tu voz detrás de mí. Una voz sensual, provocativa.

Me he vuelto torpe de repente; una colegiala a quién la persona más popular de la clase le ha dirigido la palabra por primera vez.

He sentido el mundo detenerse, la gente enmudecer, la respiración entrecortárseme...

Me has pedido una talla que no encontrabas, y yo he balbuceado como si fuera idiota, asintiendo con gusto. Luego te has hundido en la privacidad del probador con un vestido en las manos, para al rato requerirme para ayudarte a subir la cremallera.

Me he puesto nerviosa. Sonaba nuestra canción...

*Demure, dragueur, féminin ...
Je suis une fille parisienne.*

Mis dedos han rozado tu piel ; me he estremecido. Te has estremecido.

*Je peux obtenir mes ongles;
un chat dans la nuit.
Mais sans perdre ma féminité.*

Tú cabello destila un aroma dulce y embriagador, una invitación a recorrer tu cuello desnudo en un sueño lujurioso.

*Je suis une fille parisienne.
Je suis venu à la conquête de votre cœur.*

Mónica..., he oído mi nombre, de boca de alguna compañera. La magia se ha roto, el silencio se ha hecho pedazos, el mundo ha seguido su curso, mi respiración... aún fatigada.

Me has obsequiado con un *gracias*. Yo me encontraba tan aturdida que no he sabido reaccionar, y para cuando he querido responder algo coherente, tu ya habías cerrado la cortina del probador.

A los pocos minutos te vuelvo a ver escapar por la puerta.
¿Hasta cuándo?, me pregunto.

* * *

Hace más de una semana que no te veo. Sin tu presencia los días se hacen pesados; pasan plomizos y muy tristes. No puedo sacarte de mi cabeza, no olvido de mis dedos el tacto de tu piel; aún persiste la fragancia de tu cabello.

Las horas se hacen eternas en el trabajo. Siempre que alguien abre la puerta desvío instintiva la mirada hacia esta, con la esperanza de encontrarte allí de pie.

La calle a través del cristal del escaparate es una marea constante de gente. En más de una ocasión he creído verte frente a este, pero una segunda mirada más objetiva me confirmaba que, o no eras tú o ya no había nadie allí.

Era última hora cuando lo descubrí tirado dentro del probador. Allí estaba, esperando a ser encontrado mientras recogía la ropa que había por el suelo. Allí, ajeno en un rincón, se hallaba el pequeño broche de fieltro con forma de corazón.

Me agaché a recogerlo y lo sostuve en mi mano. Luego, sin decidir todavía que hacer con él, me lo llevé al bolsillo.

Aquella tarde, mientras salía de trabajar y caminaba por la calle, sentí en mí una felicidad tan grande como nunca antes la había sentido.

Je suis une fille parisienne... Je suis venu à la conquête de votre cœur, tarareo.

* * *

Es miércoles, mi único día libre de la semana. Esta tarde he quedado con las chicas para tomar algo y pasar un rato de compras por el centro. Es un buen plan, necesito distraerme un poco.

La radio suena en el salón mientras preparo algo para picotear a mediodía. Es un programa de esos a los que la gente llama con la intención

de dedicar una canción a alguien. Las canciones se suceden unas a otras entre felicitaciones, peticiones y demás declaraciones.

“Una última petición”, escucho decir al locutor.

“Un email. Una carta muy especial...”, añade, pero no le presto mucha atención. Sin embargo, el murmullo de las palabras de aquel mensaje hace que finalmente deje lo que estoy haciendo, me siento en el sofá y escuche atentamente.

“Hace tiempo que me he fijado en ti. Me gustas, pero no se como decírtelo. Tengo miedo de escucharte decir no”, continúa.

“Cada día procuro pasarme por la tienda de ropa en la que trabajas, me coge al paso cuando salgo de la oficina y voy hacia casa. Sin embargo, sería capaz de recorrer todo Madrid con tal de poder verte tan siquiera una vez al día.

Me he enamorado de tu sonrisa, tu mirada... Me siento ridícula escribiendo estas líneas que estoy segura nunca llegues a escuchar. Sería entonces una oportunidad perdida, pues jamás podría llegar a decírtelo en persona. Soy tan cobarde...

Como aquella vez junto al probador, donde me saludaste con aquella sonrisa tuya tan bonita. Yo, tonta de mí, aparté la mirada, confundida. No pensaba que te estuvieses dirigiendo a mí. Me parecías algo tan lejano e imposible de alcanzar... Sin embargo, unos días más tarde conseguí reunir un mínimo de valor para volver a presentarme allí. Conservo el recuerdo de las dos solas en aquel pasillo, donde me atreví a mirarte a los ojos por primera vez y regalarte la más sincera de mis sonrisas. Esa noche, al llegar a mi casa, lloré más que nunca. Aún recuerdo como me volviste la cara y me dejaste allí después de aquel guiño. Tardé mucho en volver a decidirme a volver por allí, me encontraba dolida por aquello.

Sin embargo, siempre pasaba por allí y me tomaba algo en una de las cafeterías cercanas. Solía verte a diario yendo a almorzar con tus compañeras de trabajo. Me conformaba con eso.

Dicen que por amor se hacen grandes locuras, y debe de ser cierto

porque, un día sentí en mí el irrefrenable deseo de volver a tenerte cerca.

Habías salido a desayunar como cada mañana y cuando volviste, me decidí a acercarme a tí y romper mi silencio con la excusa de que me ayudaras con la ropa.

He mantenido la imagen de las dos juntas en aquel probador, solas, tan cercanas. Tus manos rozando mi piel mientras me ayudabas con la cremallera de ese vestido. No puedo dejar de sentir como se eriza cada fibra de mi cuerpo con aquel recuerdo.

Si alguna de tus compañeras no hubiera roto la magia de aquel momento, me habría arriesgado a decirte algo, a intentar llegar más lejos. Sin embargo, me llevo el grato recuerdo que he compartido contigo y el haber podido saber tu nombre.

Ahora llevo más de una semana sin entrar a la tienda, pero paso todos los días por la puerta. A veces, suelo pararme frente al cristal del escaparate para echar un vistazo al interior. Te busco entre la gente, y cuando por fin te encuentro, me quedo embobada viéndote trabajar. Me paso los minutos muertos frente a ese cristal; hasta que desvías los ojos hacia mi posición y salgo huyendo.

Con estas líneas, lo que pretendo es desahogarme conmigo misma, gritar a todo el mundo que te amo; muy cobardemente. Decirte, que no logro sacarte de mi cabeza; eres una música que suena en ella constantemente, un sentimiento que me envuelve, que me eleva...

He decidido que mañana voy a sacar el valor de donde no lo tengo, mañana volveré a intentar cruzarme contigo. Quiero que escuches de mis labios un te quiero, entregarte mi corazón enamorado y no un trozo de fieltro abandonado a conciencia en cualquier rincón. Pero eso será mañana; lo que te prometo hoy es un adelanto, una canción que espero que te llegue a lo más profundo del alma. Una canción para Mónica.

“Tuya para siempre, la chica del corazón de fieltro”.

A estas últimas líneas leídas por el locutor, le siguen los primeros

acordes de una canción. Subo el volumen; la casa se llena del sonido de una melodía muy especial para mí.

Je suis une fille parisienne.

Je suis venu à la conquête de votre cœur.

Lloro.

Una moneda

John Asdrúbal Gómez Gómez

No se alarmen por lo que les voy a decir- dijo en cuanto se subió al colectivo. – Sólo les pido una moneda- lo decía mientras se agarraba con firmeza con una mano, del pasamanos instalado en el techo del carro. – Soy travesti como se pueden dar cuenta- y sí que se podía dar cuenta cualquiera que apenas pasara una mirada leve sobre aquel personaje. Tendría unos 40 años, jeans apretados con tenis que debieron ser blancos alguna vez, hace años; una blusa con escote y una chaqueta de algodón “perchado” negra con rayas fucsia. Su rostro estaba surcado por algo de maquillaje colorido que no era suficiente para cubrir el follaje de barba que afloraba de sus maltrechos poros. –Tengo sida-.

Sus ojos eran oscuros, podían verse historias de la calle, de la noche, el vidrio y el pavimento que profundizaban más su subterránea mirada. Mientras decía esto usaba la mano que tenía libre para descubrir su torso. Subió su blusa y cuando dejó ver lo que ésta ocultaba, lo que emergió fue una explosión montañosa que salía de su flacucho abdomen. Era una especie de bulbos poliformes que se notaban bajo su piel frágil y la estiraban, apareciendo desde la marca del brassier hasta donde empezaba el pantalón (descaderado, valga mencionarlo). .

–No tengo servicio de salud, igual, en los 10 años que llevo con la enfermedad siempre he podido conseguir lo que necesito- apuntó mientras cubría nuevamente su cuerpo.

Habría unas doce personas sentadas. No, qué digo, conmigo no éramos más de nueve. Yo estaba más o menos en la tercera silla de adelante para atrás. La puerta estaba casi a mi lado. Mientras ella (¿él?) hablaba, un terrible olor penetrante empezó a invadir el transporte. Era amargo, oscuro, trascendía a su propia física; casi podría decir que ése olor provenía de sus ojos, o por lo menos creo que a eso le debían oler. –Ya no puedo trabajar porque tengo esta mierda en la barriga, nadie se va a comer a una travesti tan fea como yo- y al decirlo su mirada se hacía más intensa.

La incomodidad era inevitable. Todo su ser estaba orientado a causar escozor. Yo intentaba pensar en su vida; cómo sería el lugar donde dormía, quién se preocupaba por ella cuando le atacaban los dolores nocturnos, cuando ella, otrora reina de la noche, condenada a su desierto de lejanos recuerdos brillantes, tuviese que vivir a expensas de su condición, obligada como estaba

a negarse esa embriaguez de oscuridad para poder conservar la noche que aún quedaba en su cuerpo nocturno. Insisto, intentaba pensar, porque el ajeno de su olor umbroso obstaculizaba los otros sentidos. Los pasajeros se retorcían en sus sillas. Un par de viejas pudorosas no soportaron más de tres minutos antes de pedir ser vomitadas en cualquier calle de chapinero buscando escapar de una realidad irrevocable. Ya nadie escuchaba lo que Astrid decía, ni entendían a qué venía una intromisión de ya casi 15 minutos en sus paquidérmicas vidas. No esperaban otra cosa que el bendito momento de por fin entregar la moneda y librarse, de una vez y para todas las vidas, de ése que les mostraba una cara de la miseria que superaba su saludable y pobre entendimiento.

-Y por eso estoy aquí, pidiendo limosna- decía con la voz mucho más tranquila, pero también más envenenada. Cada palabra de la última frase que pronunció antes de estirar su mano huesuda para recibir la limosna, la profirió con calma, una a una salía de su boca con odio, profundo, enraizado en su forma de ver lo que veía; - muchas gracias por su “amable” atención- y comenzó a pasar por todas las sillas.

Podría pensarse que, en últimas, recibir la moneda es el objeto y la razón de subirse a pedir, que es la limosna misma. Pero al mirar a este ser sufriente, hablando a un grupo de nadie, contando una historia a la que nadie quiere atender, decidido a hacerse escuchar, con denodada intención de transgredir; podría uno pensar que él ya había conseguido lo que buscaba. Y no es que no quisiera las monedas, sería estúpido pensarlo, pero es que ellas eran algo instrumental, una parte de la faena, el último acto, no el nombre de la obra. Su objetivo siempre fue contar, narrarse, ser recordada. Ella no era sólo un discurso bien elaborado para conseguir monedas, eso era sólo parte de lo que hacía, ella era un consecuente cúmulo de dolor, rencor y odio, era un pedazo de noche que quería trascender en alguien, en nadie, es lo mismo. Era la expresión siendo acto, un honesto gesto de abyección lanzado a la cara del que se cruzara en su camino.

-Gracias- dijo al dar la vuelta y arrojarle una vez más a su casa, la amplia calle que la ampara.

Esta fue mi historia sobre ella, no su historia. Un corte en la línea de tiempo, la sangre que brota de la herida de ese corte. Seguro que alguien,

alguno de los que la vieron ese día o cualquier otro día, habrá contado también su historia sobre ella, y seguro que ella seguirá viviendo, sufriendo y muriendo en su relato.

Tu objetivo está cumplido, Astrid.

Una novia para Blancanieves

Clara Maylín Castillo Góngora

Ahora qué vas a hacer? Mírate bien. Fíjate en la figura del espejo. ¿Realmente crees que puedes cambiar? Es más, ¿estás segura de que quieres cambiar? No seas ilusa. A los treinta años nadie puede hacerlo. A esa edad se para el desarrollo. Te quedas como petrificada en una posición en la que permanecerás por siempre hasta que te empieces a caer en pedazos. ¿No tendrás tú un grave problema de personalidad? Tal vez la solución esté en ver a un psicólogo. Pero no. Mejor resuélvelo tú sola. Nunca te han gustado los psicólogos. Además, ya imaginas lo que te dirán: que es injustificado tu sentimiento de culpa, que lo que te sucede es normal, incluso te asegurarán que es lo mejor que te podría ocurrir. Ellos no podrán con tu conflicto. No lo sufrirán como tú. No entenderán lo que sientes ahora, cuando intentas encontrar tu identidad dentro del vidrio sin hallar respuesta, sólo el reflejo cruel de tu propio desconcierto. ¿Quién eres? Eres esa de ahí, la negra más linda de Cuba, con tetas, cadera y culo pa' regalarle a los huérfanos. ¿Ves? Sonreíste. Te gustas de esa forma, porque eso es lo que siempre has sido. Así que cállate, trágatelo todo. Pero... ¿y si ya lo saben? A lo mejor ya le contó a Fátima, y Fátima a la Marylin, y la Marylin a la Fina, y la Fina a Débora, y entre todas ya te deben haber hecho picadillo. ¡Qué desprestigio!... Pensándolo bien, tal vez no se han enterado. Recuerda que prometió no decir nada hasta que te decidieras. Entonces te toca a ti dar el frente a la situación. Ese es el punto donde te detienes y te olvidas de lo que pasó. Pero no puedes. No puedes por débil que eres, porque no dejas de recordarla, porque te tocó bien en el fondo. Sé que al final no aguantarás y terminarán todos sabiéndolo. A ver, piensa. ¿A quién le dirás primero? ¿A tus padres? ¿Después de tantos años de distancia, de incomprensiones y rencores los buscarás, te sentarás en su sala y les soltarás eso, así como así? No deberías. Te harán sentir tan insignificante como un grano de arroz, mostrándote todos sus aires de superioridad, como si siempre hubieran estado en lo cierto. Y ni pensar en lo que dirá la gente. Imagina las caras de asombro que pondrán al verlas pasar. Será chocante, traumático. Todo el mundo se preguntará qué te sucedió, porque si de algo están seguros es de que tú siempre has estado definida. De hecho, ni tú misma sabes cómo pudiste llegar a eso. Ya a los cinco años te quedabas horas enteras frente al espejo, cuando tus padres estaban en el trabajo. Te pintabas los labios con un creyón bien rojo, te ponías los tacones de mamá e imitabas su voz. Caminabas entonces por toda la casa empinando las nalgas como Dolores la de la esquina. Ella fue quien te inspiró, porque cuando pasaba la gente decía que era una mulata "de salir", como si el resto de las negras fuera "de andar". ¡Qué cosas! No querías ser como las chancletas

de goma que cogía la abuela para bañarse y mucho menos como los shores de recorte de tela que traían todos en los años noventa. Por eso te prometiste arreglarte mucho cuando fueras grande y ser finísima, sólo comparable con un traje de domingo. Aparte de eso mantenías un comportamiento intachable. Nunca se te vio al lado de los machos en la escuela ni en el barrio. Al contrario, te las pasabas con las demás niñas jugando a la casita o intercambiando colecciones, siempre adicta a los estuches de jabón más olorosos. Jamás te apuntaste en deporte, porque semejantes rudezas no iban contigo. Lo tuyo era la danza, estirar y alzar las piernas en el aire, mover las caderas y los brazos como olas, como un ave. Tenías el pelo corto, es verdad, pero nadie podía decir que parecías un niño. ¡Cuidadito con eso! Quién iba a pensar entonces que un día caerías tan bajo. Y la secundaria... Allí fue donde te pusieron Blancanieves. Apodito para molestarte en esos tiempos. ¡Tú tan negra con un nombre tan blanco! Pero lo que nunca sospecharon los de la idea fue que un día llegaría a gustarte, porque aunque los primeros meses se oía mal, extraño, te sonó muy bien cuando Maikel, el profe de Educación Laboral, te lo susurró al oído en el taller con la sierra eléctrica andando. ¡Ay, Blancanieves! ¡Tremenda puta que tú has sido! ¿Te imaginas si alguien los hubiera sorprendido? El problema en verdad habría sido para él, porque en definitiva tú eras menor de edad. Aún así se habría armado tremendo salpafuera. El viejo Guillermo, tan timbalú como siempre ha sido, habría cogido un machete y les habría volado la cabeza a los dos. Y a tí te habría asado en púa para que nadie dudara que era un hombre de verdad y que en su casa no criaba sinvergüenzas, porque tú te dejaste y eso era imperdonable siendo tú aún tan mocosa, tan sin pelos en ninguna parte. Por ese entonces ya hasta te acomodabas las íntimas una semana al mes, pidiéndole a Dios y al Diablo que un día se te manchara, y a cada rato te mirabas los pechos, ansiosa porque te crecieran. Por eso te volviste loca con el Maikel ese, porque te hizo mujer. Y te estuvo cogiendo de punto hasta que saliste del pre y abriste los ojos, cuando te fuiste de casa y empezaste a viajar a Santiago, a Varadero, y por fin te viste unos senos bien grandes y el cuerpazo de hembra caliente y la cantidad de machos remachos babeando detrás de ti. Ahí te diste cuenta de que aquello no era el pollo del arroz con pollo, sino un sofrito mal hecho, y que la vida no es esa espuma de la que todo el mundo habla sin cogerle el gusto de verdad. Aprendiste que la vida se llama Yohanser hoy, Raydel mañana e incontables nombres de apellido Pepe, y que la muerte debe parecerse mucho a un día sin sexo, mal vestida y mirando de lejos Tropicana sin dinero para gastar. Por ese tiempo aparecieron Fátima y las demás, todas con sus atuendos de boutiques,

con sus escándalos y el lema de “nunca pasar inadvertidas”. Ellas te conocieron así, refinada, llena de cremas y perfumes caros, con el cutis envidiable y abierta como un compás. ¡Y buena liga que han hecho! Hasta hoy se han ido siempre de juerga, solas, de discoteca en discoteca, y dondequiera que llegan son las reinas. Eso te gusta. Adoras que te llamen *diamante negro de la fiesta*, saberte codiciada y escoger al macho que te dé la gana entre tantos pretendientes, beber cerveza fría de la más cara, echarle algún polvito y bailar en el aire sintiéndote divina, di-vi-na, como una oricha terrestre. ¿Te has puesto a pensar, perrísima, todo lo que deberás abandonar? Y a ver, ¿qué vas a hacer con el suizo pichicorto ese? Él no te llegará a mitad de culo, pero se quiere casar contigo. ¡Te puede sacar de aquí, estúpida! ¡Te vas para siempre, sin esperar mil años dando vueltas en un bombo ni montarte en una lancha con otros más asfixiados que tú! ¡Por fin te meterás en una bañera de las que hay aquí sólo en películas, llena de espuma hasta el borde, con una copa de champán y un tipazo mejor que el mismo David Beckham! ¿Ese no ha sido siempre tu sueño? ¡Ay, Yemayá, socorre a tu hija! ¡Ilumínale el camino que se descarrila! ¡Ayuda en ésta si quieres velas y altares y flores y plata, porque te la deja en la uña, cojones, que tú no eres la única! ¡Aquí Changó, Obatalá, Eleguá, cualquiera resuelve!... Pero basta ya de tanta petición. ¿Cuándo piensas salir de los problemas sola? Decide ahora. Vuelve a mirarte: sortijas, cadenas de oro, pelo postizo hasta las nalgas... ¿Le vas a decir adiós a todo esto? ¿Cómo te las arreglarás de ahora en adelante? ¿Crees que algo te dará más que el hoyito negro? Y tú no le puedes sacar plata a otra cosa, porque aunque hayas leído todas las novelas de Corin Tellado y seas una chica ilustradísima no estudiaste nada, ni un técnico medio. Y como si fuera poco eres tan delicada que no aguantas una conversación seria por teléfono. Imagínate trabajando ocho horas diarias por un sueldo de trescientos pesos en moneda nacional. Ja-ja-ja. Tú eres loca, loquísima, pero no pa' tanto. Y ni pienses que te van a poner a dirigir empresas mixtas. Lo tuyo viene de custodio. ¡Di tú! Como una lechuza la madrugada entera. ¡¿Quién aguanta eso?! Al otro día sin poder levantarte y a echar las ojeras en bolsitas de nylon, tú que tanto te has cuidado para tener ese cuerpazo de ébano y esa cara de muñeca nueva. ¡Qué va! Tú no puedes caer en eso, Blancanieves. Tú no naciste para sufrir un horario laboral. Tú eres hija de Yemayá, bella princesa africana, heredera de mil caballerías de tierra, dos minas de oro, diez mil kilos de marfil y con perspectivas de canonización a los tres días de muerta. Además, ¿cuándo se ha visto hacer guardia a alguien llamado Blancanieves? ¡No señora! Usted no cayó en este mundo para arrugas ni malas noches. Lo

suyo es dormir la mañana, rodeada de almohadones, tomar una ducha bien caliente, escuchar música varias horas seguidas, leer las novelitas que caigan o revistas de las que no se publican aquí para estar actualizada en los chismes de la gran farándula, ir a la peluquería y salir con sus amigas. ¿Ves que las cosas no son tan simples? ¡Date par de bofetadas a ver si despiertas! Esa muchacha debe tener un lazo espiritual bien fuerte, porque para que te sucediera esto justamente a ti... ¿Y qué vas a hacer con su familia? Porque si se da lo que planearon juntas tendrás que ir a su casa a pedirla. ¿Qué crees que dirán sus padres? Ya les sobra con Fátima, y ahora esto. Posiblemente te maten o se mueran ellos mismos, porque la gente no entiende que cuando dos personas se gustan no hay quien se meta en el medio. La botarán de la casa, igual que a la otra. Entonces tendrás que traerla para acá y adiós privacidad. Tendrás que mantenerla... ¡Y de nuevo el dinero! Tantas vueltas para caer donde mismo. Bueno, harás negocio o seguirás con lo de siempre sin que se entere. Mejor no. Si va a ser que sea sin infidelidades. ¡Ya sé! Conseguirás un curso de peluquería y maquillaje y montarás un salón de belleza aquí mismo. Pondrás afuera bien grande SALÓN DE BLANCANIEVES. Se te sobrará la clientela, porque serás una estrella en eso y cogerás fama de tener buenas manos, de ser fina... ¿Ves? Otra encerrona. ¿Cómo puede ser que te hayas muerto con ella y pretendas seguir siendo mujer? Es imposible. Ahora dice que no le importa, pero con el tiempo empezará a presionar. Querrá inyectarte poco a poco dosis de masculinidad. Te pondrá a hacer ejercicios: bíceps, tríceps. ¡Qué horror! ¡Y tú eres mujer, coño, te gusta ser mujer! Te desaparecerá la ropa, el maquillaje. Te exigirá quitarte el implante, te criticará la delicadeza. Ya es suficiente con que haces el papel de hombre cada vez que se te aparece por aquí y se queda en cueros. Y ese es el problema. Te gusta afincarla como todo un hombre. Cierras los ojos y te convences de que Dios te dio una tranca kilométrica pa' eso y nada más. Luego sigues besándola, masticándola completa hasta dormirme y te queda la impresión de que esa sencillez, esos segundos entre el sueño y la lujuria, es lo que de verdad se llama amor. Aún así no es suficiente. Sabes que te estás sacrificando. Lo aguantarás cinco o seis meses más, tal vez. Pero un día te levantarás ansiosa y le pedirás que te penetre, que meta algo, un pepino, un desodorante, una botella, un búcaro, no sé, pero que te abra un surco. La harás ponerte bocabajo y abrirte duro para sentirte yegua, yeguisíma, y relincharás para que te oigan los vecinos. ¿Querrá hacerlo? Ella también se siente mujer, y ese amor no podrá ser de por vida un teatro. ¿Crees realmente que asumirá el papel de macho castigador para que tú te menees con los ojos en blanco? Sabes que si no lo hace serás una

frustrada, no funcionará. ¿Le agradarán tus juegos de intimidad? ¿Qué hará cuando te vea salir del baño con el traje de Tropicana que te consiguió el suizo? ¿Se reirá mientras te quitas cada prenda y le haces un *streak-tease* al frente de la cama? A lo mejor no. De todas formas no podrías dejarlo atrás. A la hora de hacer vida social te presentará a sus amigos. Ellos se harán los más civilizados y apenas den la espalda las destrozarán. ¿Qué harás? Da la vuelta, obsérvate bien, preciosa santa de chocolate. ¡Quién como tú para vivir tu feminidad! Porque eres di-vi-na, fe-me-ni-na. Y seguirás con tus atuendos, no te negarás. Si definitivamente quieres arriesgarte, está bien. Pero irás a su lado con las uñas largas pintadas de rojo, con tus tacones altos, tus vestidos cortos y apretados, tu cartera combinada con los zapatos, un moño bien alto, maquillada con base, lápiz labial, delineador, sombra y rizador, tus tesoros de joyería y oliendo siempre a flor, porque te llamas Blancanieves, y Blancanieves es mariposa, dulzura, belleza, delicadeza, tú. Si quiere casarse... ¿Se casarán?... Podría ser. Pero tampoco cederás terreno, porque ese es el sueño de toda mujer, y aunque la boda no sea con un hombre como tú esperabas, te esmerarás en tu apariencia. Irán las dos vestidas de novia, con velo y arrastrando una cola bien larga, tan larga que la gente tendrá que mirar atrás. Y serán dos ramos de flores, porque tienes que vivir ese momento, el momento de mujer recién casada que ponen en cámara lenta en las películas. Tirarás las flores hacia atrás, bien lejos, enseñando los dientes para que la gente sepa de tu felicidad, sintiendo a tus espaldas los nervios del bulto de amigas que se matarán por atraparlas... ¡Ay, Dios mío, Blancanieves! ¡Ese es otro lío! Ella te separará de tus amigas, incluso de Fátima. Creerá que son demasiado femeninas, mujeres totales capaces de lograr tu excitación. ¿Estás dispuesta a sacrificar todo lo que has sido, lo que eres? No puedes olvidar a tus amigas, hermanas de lucha que han sido tu familia y te acogieron cuando el mundo entero te dio la espalda. Tampoco creas que con ellas será fácil. No querrán saber de tí, te discriminarán, te sacarán del grupo. Sabes que no perdonarán fácil una traición así. Dirán que fuiste una hipócrita, un lobo disfrazado entre ovejas. Recuerda los momentos compartidos, las orgías con tipos desconocidos después de la fiesta, el juramento de seguir siempre una línea, de no desviarse, de no avergonzarse a las demás precisamente con esto. Tú estuviste de acuerdo, pensabas así. Veían juntas las pornos y se torcían de asco cada vez que un hombre halaba el clítoris de una loca de ésas, deseando por dentro ser como ellas, yeguas serreras hirviendo, eróticas, desgarradas por aquellos potros, ¡y qué potros! Era asqueroso ver aquellas mujeres patiabiertas con sus medios zapotes blancos, amarillos, negros, soltando baba y ellos tragándose todo,

lamiendo como gatos hambrientos sobre platos de leche podrida, porque toda la belleza femenina se pierde justamente ahí, entre las piernas, opacada horriblemente por los flujos, el micropene, los labios, los pelos... Y a ti te daba asco de verdad. Te daban ganas de vomitar. No entendías cómo ellos podían calentarse, cómo se les podía parar frente a toda esa fealdad. Y por eso mismo se creían reinas, perfectas, higiénicas, portadoras de la auténtica belleza femenina. ¿Cómo explicarás esto ahora? Y lo que es peor, ¿cómo tranquilizarás a Fátima? Ella siempre confió en ustedes, en todas. Jamás imaginó que fuera imprudente dejar estar allí a su hermana, permitir que se relacionara con el grupo. Pero te defenderás, sacarás todas tus garras. Le dirás que no tienes la culpa y que la amas. Se lo contarás con lujo de detalles. Que hacía meses te miraba, que te diste cuenta y la ignoraste hasta que se empezó a meter por todos tus sentidos. Le dirás que fue el día de su cumpleaños cuando fuiste al baño y la encontraste sola. Que se declaró sin miedo y dijo estar loca con la silicona de tus pechos, con tu andar tan delicado y tu voz tan refinada. Que intentaste huir y ella te cerró el paso. Que apretaste los ojos, dejándola hacer, pensando en las pornos, las tipas, la puercura. Júrale que buscaste el asco de otras veces, cualquier cosa que te diera fuerza para un no, que ella lamió despacio como si empezara un juego con ingenuas mordiditas que te hicieron desistir. Dile que fueron sus manos, su boca, sus ojos. Confíesale que te sentías mujer, emperatriz, yegua, toda tú Blancanieves, y aún así se te paró.

Vodka caminando en mis zapatos

Leidy Marcela Rueda Gómez

La primera vez que la vi, ella llevaba unos vaqueros azules, un jersey a rayas y unas botas de hule para la lluvia. Desde la ventana de mi habitación, donde llevaba metido toda la tarde tratando de terminar mis deberes de matemáticas, la veía disfrutar de las pequeñas cosas: hacía piruetas, corría de un lado a otro, se ensuciaba con la tierra mojada y saltaba –alto, cada vez más alto– en el trampolín que mi padre había armado las navidades pasadas y que yo apenas había usado dos veces por temor a romperme un hueso. La contemplé por más de una hora: trataba de adivinar sus próximos pasos, el color de sus ojos o el sonido de su voz. Ella, inmersa en sus juegos infantiles, parecía no notar que yo la observaba.

- ¿Martín, has terminado tus deberes?—preguntó mi mamá desde la escalera.

-Tengo que resolver dos problemas más con sumas y restas, pero puedo hacerlo solo—dije tratando de evitar que mi madre entrara en la habitación, aunque la verdad es que la tarea me estaba resultando un desafío y probablemente tendría que buscar su ayuda más tarde. Cuando volví mi mirada a la ventana, ella había desaparecido.

No volví a verla hasta pasadas dos semanas. Era domingo y, como ya era costumbre, regresamos de la iglesia justo a la hora de la comida. Esta vez, mis papás habían invitado a Lorenzo y Juana –los vecinos de una granja cercana– a degustar un cocido que mi mamá había preparado la noche anterior. Yo, que no podía ver los garbanzos ni en foto, busqué una excusa para desaparecer.

-Voy a llevar gusanos al corral de las gallinas —dije, y salí disparado por la puerta principal, para no dar tiempo a que mis padres reaccionaran.

Nuestra granja, herencia de mi abuelo, tenía criaderos de cerdos, establos y galpones para la producción de huevos, así que había lugares de sobra para esconderme por un buen rato y evitar así el cocido de mi madre. Si el hambre acechaba podía tomar algunas peras de los árboles para aguantar hasta la hora de la cena. Decidí que lo mejor era pasar primero por el pequeño corral junto a la cocina de los peones y dar algunos gusanos a Paquita, mi gallina favorita. Cuando entré vi como las aves corrían de un lado a otro mientras Lalo, nuestro perro guardián, jugaba a perseguirlas. Ahí estaba ella: llevaba puesto el mismo jersey a rayas y sus botas de hule; y estaba cubierta

de paja y tierra hasta las narices. Reía a carcajadas. Continuó con su juego, ahora lanzando una vieja pelota de tenis a Lalo, sin inmutarse a saludarme. Mientras esperaba a que ella diera el primer paso en la conversación, noté que sus ojos eran azules y que cuando sonreía se marcaban dos hoyuelos en sus mejillas. Pensé que tendría mi misma edad, ocho años a lo sumo. Al fin se detuvo y me brindó una cálida sonrisa.

- ¡Hola, soy Vodka! ¿Quieres jugar?—me dijo, y me invitó a sentarme en unos tablonces de madera.

- ¿Vodka? Nunca conocí a nadie con ese nombre. Vodka es una bebida, mi padre la toma con sus amigos. Dice que es solo para los mayores.

-Significa agua. ¿Te gusta nadar? Me gustan las olas del mar.

-No conozco el mar, pero no creo que me guste.

-A todo el mundo le gusta el mar—respondió con sorpresa.

-No es cierto, a mi mamá no le gusta. Dice que es peligroso, que mi tío Pepe murió ahogado. Soy Martín.

- ¿Y qué te gusta hacer, Martín? ¿Te gusta jugar al fútbol? A todos los niños les gusta jugar al fútbol.

-No me gusta el fútbol. Mi papá dice que soy “raro”. Algunas veces lo escucho diciendo que no parezco hijo suyo. Me gusta hacer otras cosas, pero te reírías de mí como lo hacen los niños de la escuela—le dije. Vodka me miró con complicidad y, por primera vez, no sentí miedo de compartir mi máspreciado secreto—. Tienes que venir a mi habitación y así puedo mostrarte.

Sabía que tenía todo el tiempo del mundo. Cuando mis padres invitaban a Lorenzo y Juana olvidaban que yo existía. Los hombres jugaban a los dardos, fumaban tabaco y echaban algunas partidas de naipe. Las mujeres se sentaban en la cocina, homeaban bizcochos y hablaban de las últimas noticias del pueblo: los nuevos embarazos, las amantes del alcalde y las últimas tendencias de la moda. Nos quitamos los zapatos, nos escabullimos por la puerta trasera y corrimos al segundo piso. Mi cuarto, un “cuarto de niño”, no era mi lugar preferido: tenía las paredes azules y mi mamá se había esforzado en decorarlo con carros en miniatura, robots y dinosaurios. Yo hubiera preferido un cuarto con dibujos del arcoíris, poner mis peluches en las repisas y tener una pared para pintar.

- ¡Wow! Tienes toda la colección de pistas—dijo ella—. ¿Hacemos una carrera?

Mientras ella exploraba la habitación yo busqué en el clóset mi más preciado secreto, escondido en una caja de *Converse* que me había regalado la tía Margarita en el último cumpleaños.

- ¿La Barbie Fantasía? ¿Dónde la conseguiste? —Reaccionó con sorpresa, pero sin hacer mofa de mí.

-Es de mi prima, vive en la ciudad. La robé de su casa cuando fuimos el verano pasado. ¿Quieres jugar conmigo?—respondí con la esperanza de que su respuesta fuera positiva. Mi corazón palpitaba a mil por hora y mis mejillas se calentaron.

-Pero solo tenemos una muñeca, no podemos jugar juntos. ¿Y si jugamos al papá y la mamá mejor?

- ¿Puedo ser la mamá? —pregunté.

-Las mamás usan vestidos, maquillaje y tienen el pelo largo. Las mamás son niñas—dijo ella y se quedó pensativa como tratando de encontrar una solución.

-Pero puedo parecer una niña, sé dónde guarda mi mamá sus vestidos viejos y su maquillaje. Y te puedo prestar una corbata que mi papá guarda, supongo que desde su matrimonio pues siempre anda de vaqueros y camiseta.

- Tendrá que ser otro día, tengo que irme. — De pronto se esfumó ante mis ojos.

Cerré los ojos con fuerza para hacerla regresar. Fue inútil, se había marchado otra vez. Escuché los pasos de mi padre y de Lorenzo en el pasillo, así que guardé rápidamente la caja entre los disfraces de Halloween y salí a su encuentro.

-Leandro, tu hijo Martín está ya hecho todo un hombre. A ver cuándo lo traes a nuestras sesiones de caza—dijo Lorenzo a mi padre.

-No me gusta matar animales—respondí. Soltaron una carcajada y mi papá me recordó que mi plato seguía servido en el comedor. Bajé y probé algunos bocados a regañadientes.

Esa noche no pude dormir bien. Deseaba que Vodka regresara. ¿Y si ella también pensaba que era raro? ¿Y si no quería jugar conmigo? Mi prima nunca me dejaba jugar con ella y en el colegio se burlaban cuando quería hacer los papeles de niña en las obras de la clase de arte. La profesora había

llamado a mi madre y con preocupación le había dicho que debía obligarme a hacer actividades más varoniles. Tan solo mi abuela me entendía: unos meses antes de morir había llegado a casa con un vestido de princesa para mí. Mi padre había tenido una discusión con ella e, ignorando mis ruegos, cortó el vestido y lo tiró a la bolsa de la basura. No podía pegar ojo. Seguía pensando en Vodka y sintiendo envidia de su cuerpo de niña. ¿Por qué no podía ser cómo ella?

El miércoles, al regresar de la escuela, mis padres me dejaron solo en casa. Me preparé un sándwich con lo primero que encontré en la cocina y me fui a mi cuarto. Para mi sorpresa, Vodka me esperaba escondida bajo la cama.

- ¿Eres tú, Martín? Tengo algo para tí —Se había pintado un bigote y llevaba puesto el traje y los zapatos que yo había usado para llevar los anillos en el matrimonio de mi tía Susana. Mis zapatos bailaban en sus pies de niña—. ¿Qué esperas para vestirme?—dijo al fin.

Corrí al cuarto de huéspedes. Mi mamá guardaba vestidos, tacones y accesorios en unas bolsas cuyo destino final sería el Hogar de las Hermanas de la Caridad. Vodka me ayudó: me puso una peluca y un sombrero blanco decorado con rosas. Usé el traje morado de mi madre y lo ajusté a mi cintura con los ganchos de la ropa. Dimos el toque final con algo de labial rojo y un collar de perlas que hacía juego con unos pendientes largos que rozaban con mis hombros. Me miré al espejo y me sentí más feliz que nunca. Vodka aplaudía y daba saltos. Jugamos al papá y la mamá, al doctor y la paciente, a las bodas y a los entierros. Perdimos la noción del tiempo hasta que un golpe en la puerta nos volvió a la realidad.

- ¿Qué haces vestido como un maricón? —dijo mi papá con rabia y me arrancó la peluca y los pendientes. Sacó su correa y me pegó sin compasión una y otra vez. Tenía miedo de que lastimara también a Vodka pero él no podía verla. Solo yo sabía que Vodka existía y que estaba ahí, en el cuarto, observándonos desde el rincón. Vodka le gritaba a mi padre que se detuviera, pero él tampoco podía escucharla.

Esa noche mis padres decidieron enviarme al Internado militar de San José. Tuve miedo de perder a Vodka, pero ella no me abandonó. Nunca

más pudimos jugar a disfrazarnos, pero Vodka seguía animándome desde un lugar oculto en mi mente. Caminaba en mis zapatos y me hacía reír. Estuvo ahí dándome ánimos la primera vez que tuve que meterme al mar. Estuvo ahí en aquellos momentos en que me miré al espejo con asco al comprobar que mi cuerpo se hacía cada vez más masculino. Estuvo ahí siempre, hasta hoy. Antes de entrar al quirófano 'para convertirme en una mujer se acercó para despedirse. Me dio un beso en la mejilla y me dijo "Para mí siempre has sido una princesa".



hegoak
.com

Asociación HEGOAK ALDE - Dos de Mayo 7 - 48003 Bilbao

T.94 415 62 58 asociacionhegoak@gmail.com

www.hegoak.com

www.facebook.com/hegoak.alde